

Arthur Powell

**LA MAGIA DE LA
FRANCMASONERÍA**

The Magic of Freemasonry

1924



BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com

Colección “Teosofía 900”

CAPÍTULO PRIMERO

LA LLAMADA DE LA MASONERÍA

Todo el que sienta los ideales de la Francmasonería se debe haber preguntado alguna vez por qué esta Orden le atrae, y qué es lo que en ella le retiene. En realidad somos muchos los que nos hacemos esta pregunta continuamente, y formulamos respuestas que no afectan más que a los bordes del problema, porque siempre hay un elemento que se nos escapa: algo intangible e indefinido que no podemos localizar, definir o analizar a pesar de que es absolutamente real de que está definido de un modo perfecto y de que existe sin duda alguna algo que ejerce inconfundible seducción; algo que, al mismo tiempo que aplaca el hambre interior, la aumenta en grado extraordinario; algo misterioso, seductor y estimulante; algo que nos arrastra perpetuamente adelante, como finito impulso hacia un infinito objetivo.

Más notable todavía es que nos percatemos de ello mucho tiempo antes de que sepamos lo que es en realidad la Francmasonería (la cual, no obstante, sentimos en el fondo de nuestro corazón). Pues aunque la mayoría de los candidatos a la Masonería tengan una idea vaga y general de que ésta es digna de respeto y crean que es una venerable institución que inculca elevados ideales relativos a la vida no les es dable saber mucho más acerca de esta asociación. Poco o nada puede saber el profano de sus ceremonias, aunque sepa que éstas existen. No obstante, la absoluta ignorancia de las enseñanzas y métodos de la Francmasonería no es obstáculo para que los hombres se sumen a su Fraternidad. Tampoco explica el problema la cínica afirmación de que la atracción que los hombres sienten por la Orden se debe a mera curiosidad, pues casi todos los masones saben por propia experiencia que esto no es cierto.

En todas las demás cosas solemos mirar antes de dar un salto y procuramos informarnos antes de dar un paso definido o de lanzarnos a alguna empresa. La más elemental prudencia nos aconseja que averigüemos en qué consiste la institución a que deseamos adherirnos, o el plan que hemos de seguir. No obstante, poco a nada podemos saber de antemano acerca de la Francmasonería, pues hasta los mismos masones serían las últimas personas del mundo en revelarnos algo referente a ellos o a su institución. A pesar de todo esto entramos en su Fraternidad convencidos plenamente de que no vamos por mal camino, y nos zambullimos en las tinieblas sin sentir escrúpulos ni cortedad, respondiendo a una llamada interior que no sabemos explicar ni comprender .

Aún más: sabido es que ningún hombre sensato es capaz de opinar sobre los asuntos corrientes de la vida antes de haber hecho un examen detenido. Pues bien, cuando se trata de Francmasonería ocurre lo contrario, porque todos solemos tener una idea favorable y preconcebida de nuestra Orden, que es la que nos induce a sumarnos a ella. Así que la Francmasonería tiene un sello característico que la diferencia de todas las demás cosas del mundo, aun antes de que dé comienzo nuestra vida masónica.

Sin embargo, antes de que sondeemos profundamente en este factor misterioso e intangible que constituye el corazón y la entraña de la atracción que nos impulsa hacia la Masonería, es conveniente ,que pasemos revista a unos cuantos de los demás aspectos de esta atracción, cuyo aislamiento y examen no es difícil de hacer .

El ritual sencillo, dignificado y bello ha desaparecido casi por completo del mundo moderno. Es cierto que la Iglesia Católica y la alta Iglesia Anglicana conservan todavía gran parte de ritual, el cual se ha limitado mucho en la gran parte de la Iglesia establecida y apenas subsiste en las capillas no-conformistas. En la vida cívica subsisten aún algunas ceremonias, como las de apertura del Parlamento, coronaciones, jubileos, funciones de lores mayores, inauguración de estatuas y algunas otras, pero estos

acontecimientos son relativamente escasos y, además, nada hay en su naturaleza que forme parte de la vida regular del ciudadano corriente. En efecto, durante muchas generaciones la creciente influencia del materialismo ha procurado eliminar de nuestra vida las ceremonias como si se tratara de una superstición.

No cabe duda de que esta tendencia es sana y buena en cuanto hace que los hombres dejen de tomar parte en ceremonias ritualísticas que, no teniendo sino aparato externo, no se basan en ninguna realidad interna, ni se fundamentan en lo que en tiempos primitivos recibía el nombre de magia y se consideraba como llamada para que actuaran las fuerzas más ocultas e internas de la naturaleza y los seres pertenecientes a un mundo distinto del nuestro.

Sin embargo, es indudable que casi todo el mundo abriga un secreto amor por las ceremonias o el ritual. Prueba de ello es la adhesión del pueblo a ciertas instituciones como por ejemplo, la extravagante y abigarrada guardia de corps, las procesiones del Lord Mayor, las pelucas de los jueces y cosas por el estilo. El entusiasmo por las exhibiciones históricas, así como los caprichosos vestidos que idean las madres para sus hijos y la perenne fantasía de los trajes de los jóvenes y los ancianos, son otros tantos ejemplos de este incontenible amor por las ceremonias.

Este es, indudablemente, uno de los principales atractivos que tiene la Masonería para la mayoría de sus iniciados. Hay en la vida moderna tanto bullicio, tanta precipitación, tanta barahunda, tanta indecencia, tanta actividad, tanta insistencia en los derechos propios, tan poca consideración por los sentimientos ajenos y tan poca dignidad o cortesía que brote espontáneamente de bondadosos corazones, que nos causa extraordinario placer el hecho de entrar en la atmósfera tan opuesta de las logias en donde reinan la dignidad y el orden, en vez de la indigna inquietud a que estamos acostumbrados en el mundo externo.

Maravilloso tónico para los nervios fatigados por la tensión de la vida ordinaria es la entrada en el recinto de una Logia masónica, en donde todo es quietud, orden y paz; en donde cada cargo del taller y cada hermano tiene su lugar fijo y su deber prescrito: en donde nadie usurpa las funciones ajenas; en donde, una vez que se ha elegido o determinado la forma del drama, todos cooperan armónicamente y de buen grado para llevar a cabo las ceremonias de forma tal que se cree el ambiente que algún día ha de caracterizar hasta al mismo mundo externo, cuando cesen de disputarse los hombres, aprendan la lección de la fraternidad fiel y cooperen con la suprema Voluntad de la evolución a fin de ordenar todas las cosas, bella, fuerte y sabiamente.

También es agradable el goce estético que produce el tomar parte en una ceremonia bien dirigida en que, no sólo hayan estudiado intensamente todos los hermanos los actos y palabras que les correspondan, sino que, además, comprendan su significación y pongan lo mejor de su alma ¡en todo cuanto hagan o digan. La disposición misma de la Logia, la ordenada y digna colocación de las Columnas, los Oficiales con sus Insignias especiales que tachonan la asamblea con pinceladas de colores agradables, la situación de las Luces y todas las demás cosas adjuntas con que estamos familiarizados, contribuyen a formar un *tout ensemble* que conforta a la vista, agrada a los sentidos, place a la mente, satisface a la naturaleza religiosa y al par que contrasta con la mayor parte de nuestra vida diaria, es una esperanza para el porvenir del mundo.

Otro elemento de gran belleza que conmueve a todo el que siente la poesía y la música es el exquisito ritmo y eufonía de nuestro antiguo ritual, cuyas palabras y frases no tienen igual en la literatura inglesa si se exceptúan la Biblia y las obras de Shakespeare. El antiguo dicho inglés de que "una cosa bella proporciona goce eterno" puede aplicarse a las sencillas y profundas palabras de nuestro ritual, porque se da el caso de que, a pesar de ser oídas continuamente todos los años en las diferentes ceremonias, nunca

pierden su atractivo ni cansan ni envejecen; antes bien, su belleza, su majestad y su significación aumentan a medida que nos familiarizamos con ellas, lo cual es una verdadera prueba de suprema literatura, de satisfacción ética y de religioso significado.

¡Cuán admirable es la tradición de que las palabras de nuestro ritual han de repetirse sin añadir, omitir ni alterar nada, porque la mayoría de las sentencias se han redactado en forma tan perfecta, que cualquier variación rompería su sonoridad o malearía su significación!

La hermosura del lenguaje contribuye tanto como los demás factores a que las palabras del ritual nos produzca intensa impresión. Estas amplias y profundas enseñanzas no deben su poder a sutilezas metafísicas, ni a análisis filosóficos ni a su novedad intrínseca, sino, más bien, a su sencillez, concisión y universalidad. Propiedad común de todos los sistemas religiosos conocidos es la identidad de los preceptos éticos; no obstante, el método de presentación de las antiguas verdades de moral y de amor fraternal, así como la franqueza, la restricción, la grandeza y verdadera sinceridad del ritual masónico con su trascendental significado hacen que estas enseñanzas nos parezcan siempre nuevas, vívidas, inspiradoras y prácticas.

Muchos intelectos modernos, a quienes vienen cortas las estrechas y anticientíficas ideas de ciertas ortodoxias religiosas, aceptan con verdadera complacencia la carencia absoluta de dogmas teológicos y de otros géneros de que se jacta la Masonería. Gran parte de los pensadores de mediana cultura reconocen la fraternidad, aceptan una ley ética y un código moral basados en la fraternidad; pero no derivan ésta de preceptos religiosos externos, sino de los dictados de sus corazones y de la innata benevolencia que sienten hacia sus camaradas.

La Francmasonería expone estas enseñanzas con tanta universalidad y catolicidad que los hombres pertenecientes a cualquiera de los credos así como los que no acepten ninguno, pueden subscribirlas sin escrúpulos, reconociéndolas como norma de verdad que ellos conocen por experiencia interna, sin necesitar el apoyo de muletas teológicas.

Además, ya no es posible negar el hecho de que en los tiempos modernos existe mucha gente que no profesa una fórmula definida de creencia religiosa, quizás porque está convencida de que no puede subscribir honradamente los credos que satisfacían a los hombres del pasado. La necesidad de expresión de fe religiosa que esta gente experimenta sin poderlo evitar y que todos sentimos prácticamente, puede satisfacerse en gran parte con la sinceridad sencilla de la ética masónica y su declaración de fraternal benevolencia.

El conjunto de esta ética, verdadero corazón y nervio de la Francmasonería, lo constituye la palabra Fraternidad, palabra sin par en todos los idiomas. Si el masón la acepta sin evasivas, equívocos ni reservas mentales de ningún género, llegará a lograr el pleno desarrollo masónico; pero si la rechaza, no tendrá derecho a penetrar en el sagrado recinto del Templo, aunque ostente el más elevado de los grados.

La Fraternidad es para el masón lo que la luz del sol para los seres vivos: y, así como la luz puede dividirse en infinitos matices y colores y su poder puede transmutarse en incontables fuerzas y manifestaciones de vida, así el espíritu de Fraternidad que resplandece en los corazones de los hombres puede iluminar sus naturalezas e inspirar sus acciones de modos tan infinitos como las arenas del mar y tan diversos, como las flores del campo. El espíritu fraternal es tan penetrante como el éter existente en todas las formas de la materia, porque se infunde en la vida toda del francmasón, iluminándola con su sabiduría, sustentándola con su fuerza omnipotente y haciendo que su belleza irradie hasta los confines más lejanos de la tierra.

Los hombres se ven obligados a menudo a obrar bajo normas éticas de nivel inferior a que desearan debido a numerosas razones. Los motivos a que se debe este estado de

cosas son sutiles y complejos. Así, por ejemplo, muchos temen que su bondad se tome por debilidad o su generosidad por sentimentalismo.

Otros tienen miedo de que la gente crea que son capaces de ser más virtuosos que sus camaradas y, violentando sus ideas y emociones, no despliegan la virtud que sienten latir en su corazón. Muchas veces los hombres no se atreven a llevar a cabo un acto virtuoso en público, pero experimentarían gran alegría si pudieran realizarlo sin que nadie se enterase.

La Francmasonería proporciona a los hombres de este género - de los cuales hay muchos en el mundo - un medio de expresión seguro y secreto. El que la logia esté a cubierto de profanos -lo cual constituye el deber primerísimo y constante de todo francmasón - da una sensación de seguridad y de reserva, que impide que puedan penetrar las miradas del mundo externo, y proporciona al masón la oportunidad de "soltar" las riendas que le coartan y de ser su yo real, ese Yo Superior que teme mostrarse libre y francamente en todas partes, menos en los sagrados recintos del Templo, en donde los hombres confían en él y le llaman Hermano. Porque el nombre de Hermano es altamente mágico.

Así como "todo lo del mundo es un escenario y todos los hombres son comediantes", así el masón tiene un papel que representar en su Logia en la que puede quitarse la falsa careta que ha de llevar por fuerza en el mundo y ponerse la máscara mucho más noble de masón. Y de esta manera, al par que se regocija de que la guisa de masón le permita hablar y obrar como muchas veces hubiera deseado hacer en el mundo si se hubiera atrevido, encuentra en su Logia tal oportunidad para manifestar cual es la verdadera naturaleza de su ser, que rarísimas veces podría hallarla en otra parte. De manera que el elemento de ficción asociado a algo de carácter dramático hace posible que el hombre real sea por unos momentos aquello que pretende ser.

Deben haber muchos masones que anhelan la llegada de un día en que sea posible sentir y obrar en el mundo externo del mismo modo que lo hacen en la Logia y en que las normas de ésta sean las del mundo. La bondad, la tolerancia, la benevolencia y la amistad mutuas, la cortesía y la ayuda, la camaradería y la fidelidad son los verdaderos elementos de nuestra obra en la Logia, son los fundamentos del Templo que, cimentado en la virtud, ha de ser erigido por la ciencia con mayor sabiduría cada vez. Pero estas cosas no pueden existir más que parcialmente en el mundo porque el corazón de los hombres es todavía duro y la ignorancia les ciega. Por esos hemos de cerrar a la fuerza nuestras Logias, para evitar que sus sagradas cosas sean mancilladas y que sea manchada la alfombra del templo.

El ideal de la Masonería constituye un factor inmenso en la vida de todo verdadero masón, porque arraiga más profundamente que cualquier *esprit de corps* y es el espíritu mismísimo de la vida. Para el masón la Orden es una Divinidad que no ha de ser mancillada jamás ni con la más leve mancha, es una estrella eterna, un inmóvil sol de los cielos, un centro del que no puede apartarse a menos de ser falso consigo mismo.

¡Cuánta poesía encierra el nombre de la Orden! Los hombres han sentido a través de todas las épocas su ideología: en todos los países del mundo han hecho ceremonias semejantes a las que nosotros hacemos ahora y a las que los hijos de nuestros hijos enseñarán a sus vástagos. La celebración de los ritos masónicos se remonta a la noche de los tiempos prehistóricos. Las ceremonias de que las nuestras se derivan han sido celebradas por hombres de todas las razas en centenares de idiomas y dialectos en climas escalonados desde el tórrido ecuador hasta los polos helados, en la ciudad y en el bosque, en fértiles llanuras y áridos desiertos y sobre las montañas más altas y las cañadas más hondas. La Francmasonería ha existido doquiera han vivido los hombres y sus eternas tradiciones y landmarks se han transmitido de generación en generación,

enlazando el pasado, con el presente y con el porvenir en una humana solidaridad, y ligando a todo en indisoluble unidad con el G. A. quien desde el centro trazó las líneas en que hemos de construir su Sagrado Templo y ordenó a sus fieles obreros que trabajaran en él para completar la obra de sus divinas manos.

La poesía de la Francmasonería sobrepasa a todas las otras poesías; porque éstas son temporales y fugaces, mientras que aquélla no tiene en cuenta el transcurrir del tiempo, ni las mutaciones modifican para nada sus antiguos e inmutables fundamentos (landmarks).

¿Qué misterio encierra esto? ¿Qué misterios se ocultan tras de estas sencillas y profundas ceremonias? ¿Puede alguien responder satisfactoriamente a esta pregunta? ¿Será capaz algún hombre de dar una respuesta satisfactoria antes de llegar a ser más que hombre y de leer estos verdaderos s... de los que únicamente oímos en nuestras logias los secretos reemplazantes?

Así retornamos como siempre a ese misterioso e intangible elemento que nos agarra con garra más poderosa que la del león; a ese elemento que constituye la verdadera razón de que los hombres se hagan francmasones y de que "una vez que uno se hace francmasón lo sea para siempre". Cada secreto comunicado es el preludio de ulteriores secretos: cada nuevo toque no es en realidad sino una llave de paso que nos abre la puerta de regiones cada vez más próximas al oculto corazón de lo que sustenta el esoterismo de la Francmasonería.

Todos los diversos elementos de que hemos hablado en particular diciendo que hacen llamamientos aislados al masón, no son más que los instrumentos individuales que forman una orquesta: considerada en sí la gran sinfonía es más sublime que todas las partes a pesar de que la combinada armonía de éstas es la que la hace audible. Ella nos murmura cosas que no pueden expresar ninguno de los instrumentos del mundo, a no ser en fragmentos, en sucesiones de notas y cuerdas, que interpreten en la tierra sometida a las leyes del tiempo y del espacio las melodías del cielo, las cuales sólo los celestes oídos pueden escuchar en toda su integridad.

Antes de que hacernos francmasones debemos sentir un débil rumor que, filtrándose a través de los espesos muros de la cerrada Logia, despierte esos tenues estremecimientos melódicos en nuestros corazones. Esto es lo que aviva en nosotros ese secreto estímulo que nos arrastra hacia la escuadra, en donde nuestro primer paso se da en ignorancia, si bien teniendo la certeza interna de que la luz ha de llegar con toda seguridad. En cuanto hemos dado nuestros primeros pasos secretos descubrimos muchos elementos agradables en el Ritual Masónico que nos producen extraño asombro y tanta satisfacción que jamás nos arrepentimos de haber puesto proa hacia la aventura. Las magníficas frases antiguas, la dignidad y armonía de los movimientos, del color y de la eufonía, complacen a los sentidos y a las almas de los hombres fatigados por la tensión y por la distracción de las cosas mundanales. La amplia y sencilla filosofía de la vida, la simple declaración de fraternidad, la ética de fidelidad y amistad, la verdad sin dogma, la religión sin secta, la reverencia sin sacrificio de la dignidad, el amor sin sentimentalidad: todos estos son importantes elementos que contribuyen a despertar la Masonería en el corazón del Masón. Y el gozo de vivir en un ambiente de fraternidad. La oportunidad de quitarse la armadura que por necesidad ha de vestirse el hombre en los campos de lucha del mundo exterior a la Logia, el libre intercambio de sentimientos fraternales, sin temor a malas inteligencias y a repulsas, constituyen también valiosos elementos de la llamada de la Masonería.

Algunos de los factores que unen al masón con la Orden por medio de lazos que nada puede romper ni aflojar son los siguientes: un cambio de máscara, un nuevo papel que aprender, un pretexto que es nuestro secreto ideal, un conocimiento anticipado del

futuro a que tenemos la certeza de llegar algún día, un homenaje glorioso a una sublime Deidad, una sumersión en la más grandiosa ensoñación que el mundo ha conocido, un lazo secreto que nos une con todas las clases de hombres que ha producido la tierra, y una tradición más antigua y venerable que todas las habidas y por haber .

Pero ¿qué es la llamada en sí? Todas estas cosas no son sino nombres y accesorios: ¿Cuál es la substancia de que todas ellas son sombra?

¿Qué cosa hay en la selva virgen que llama a los seres salvajes? ¿Qué son esas secretas y sagradas cosas que murmuran las montañas al oído del hombre de las cumbres de forma tan silenciosa ya la par tan sonora que apaga el estrépito de los demás cánticos de la tierra: esas cosas que susurra el mar al marino; el desierto, al árabe; el hielo, al explorador de los polos; las estrellas, al astrónomo, la sana filosofía al observador y los materiales del oficio al artesano?

En el hombre existe algo que es más que el hombre a lo cual llama la Francmasonería.

Esta llamada recurre a lo más santo y grande que en él existe, a lo que él sólo podrá conocer cuando se convierta en el Maestro de la Logia de su propia naturaleza, cuando llegue a ser él mismo. Así como el golpe de malleto que da el M... repercute en todo el T... hallando eco en el occidente, el sur y el noroeste, y traspasando hasta los mismos muros de la Logia para llegar al mundo externo, así también la Francmasonería lanza una llamada en los más recónditos santuarios del sacratísimo ser humano; una llamada que ha de ser respondida, que no admite rechazo, que le ordena que se vuelva para afrontar la luz. y así como todos los hermanos responden a la orden del Maestro por el s. . . así responde el hombre a la llamada de la Francmasonería, aunque no conozca en qué consiste ésta, y responde con su vida. Él no puede hacer otra cosa que obedecer; abandonar la empresa es morir; él debe responder y proseguir la eterna búsqueda de la palabra perdida, que no es ninguna palabra, pero que está oculta en el c...

De manera que la llamada de la Francmasonería es compleja y múltiple, al mismo tiempo que sencilla y única. En la Francmasonería existen muchas cosas que han de calmar los anhelos de los corazones humanos, y, sin embargo, la Francmasonería en sí, es decir, en su espléndida perfección, es una cosa que no puede colmarnos nunca, hasta que el hombre deje de ser hombre, para convertirse en ser divino, lo cual ha de ocurrir seguramente en la consumación de los tiempos. La Francmasonería es virtud y ciencia, ética y filosofía, religión y fraternidad; pero ninguna de estas cosas por sí solas son ella. No hay multitud de células que pueda hacer un organismo vivo, ni galaxia de estrellas que pueda formar un cosmos, ni rayos de luz que puedan hacer un sol. Del mismo modo, ninguna agrupación de elementos de belleza o de fraternidad puede hacer a la Francmasonería, ésta crea todas estas cosas, da ser a muchos puntos de perfección; mas continúa siendo un misterio que puede describirse perpetuamente, pero jamás explicarse.

A esto se debe que la llamada de la Francmasonería sea lo que es, y que nosotros la amemos, porque el hombre es también un ser que puede describirse perpetuamente, pero jamás explicarse. De modo que en la Francmasonería el hombre se busca a sí mismo, y, a lo largo de sus misterios y ceremonias " Júpiter hace señas a Júpiter" .

CAPÍTULO II

APERTURA DE UNA LOGIA EN EL PRIMER GRADO

Una de las características del ritual masónico que más sorprende a los hombres pensadores e imaginativos es que unas frases tan sencillas y claras que casi parecen familiares, despierten como por magia ideas en el alma, y la aguijoneen para que busque su camino a tientas entre las palabras, cual si éstas fueran puertas que condujeran a otro mundo lejano, mundo espacioso, lleno de maravillas, misterio y realidad.

Se ha derrochado más ingenio en inventar interpretaciones de las sentencias pronunciadas en la ceremonia de Apertura, que en ninguna otra parte del ritual. Estas preguntas y respuestas producen la impresión - impresión que la familiarización contribuye a hacer más honda - de que se trata de grandes cosas en preparación, de que se llama a la existencia a poderosas fuerzas y de que se van a revelar ocultos secretos y emprender momentánea acción. Ya la primera frase - consistente en 7 palabras (cosa bastante notable) - nos llama la atención inmediatamente como llamada de clarín que revela el esquema introductorio de los fundamentos de la Francmasonería. "Brethren, assit me to open the Lodge". "Hermanos, unios a mí para abrir la Logia". Esta es la llamada del V. M., el jefe elegido y aceptado, el representante del Altísimo. Por medio de ella se afirma la Fraternidad, se invita a la cooperación, se anuncia que va a realizarse un acto y que va a llevarse a cabo la Apertura de una Logia, es decir, de ese cuerpo integral de que cada Hermano constituye una parte.

Entre las diversas interpretaciones que se han dado a la Apertura de la Logia, nosotros proponemos que se elija una sola: la del "microcosmos", del hombre individual o masón.

Trataremos de relacionar a cada Oficial y Hermano con algún elemento claramente definido de la estructura psicológica humana, y de dar a cada frase de la ceremonia de apertura una significación apropiada a la disciplina de cada poder y facultad del hombre, a fin de que éste pueda prepararse para emprender cualquier acción.

Si llegamos a cabo nuestro propósito con fidelidad, no sólo veremos que existe una relación fácil de descubrir entre cada Oficial de la Logia y los elementos que constituyen la compleja naturaleza del hombre (el cual consta de cuerpo, alma y espíritu), sino que cada palabra de la ceremonia puede aplicarse a la manera con que el masón ha de concentrarse en sí mismo antes de llevar a cabo una empresa y llamar sus fuerzas a la existencia, para estar en condiciones de realizar su trabajo con sano juicio, con fuerza inteligente y con la belleza de un hábil obrero.

Tan perfecto es el sistema bosquejado que puede aplicarse a todos los grandes y pequeños actos individuales: por ejemplo, al gobierno de un reino, o a la redacción de una carta; para ayudar a un amigo o para resolver un problema; para dar una conferencia y sostener una conversación, o para formar el plan del trabajo a realizar en un día, en una hora o en un momento.

En algunas logias se observan ciertas ceremonias preliminares, como la de entrar en el templo en procesión y encender las luces.

Estas ceremonias significan nuestro retiro de las demandas del mundo externo, la situación de cada facultad en su lugar adecuado y la entrada en una actitud o atmósfera espiritual, de la cual se ha excluido el aire vulgar de las ocupaciones mundanales. Ellas nos recuerdan el inagotable depósito de poder espiritual de que podemos educir si queremos Sabiduría infinita, Fuerza omnipotente y Belleza que resplandezca por el universo entero.

Para poder hacer una presentación más completa de nuestra tesis, nos vemos obligados a recurrir a la ciencia psicológica de Oriente, porque ésta es la que analiza más completa y acabadamente al carácter psicológico del ser humano. Aunque la psicología de Occidente se va acercando rápidamente a la antigua y primorosa clasificación oriental, no está bastante definida para servir sin ayuda ajena a nuestro propósito. Por lo tanto, vamos a recurrir a los análisis budhista e hinduista, ya vulgarizados en Occidente, dando también los términos sánscritos en beneficio de los estudiantes habituados a su empleo.

Podemos hacer la siguiente tabla de nuestras correspondencias:

OFICIAL	ELEMENTOS	PSICOLÓGICOS
	Occidentales	Orientales
V. M.	Sabiduría	Buddhi
P. V.	Fuerza o Voluntad	Atma
S. V.	Belleza o mente creadora	Manas (superior)
P. D.	Razón o inteligencia	Manas (inferior)
S. D.	Deseo o sensación	Kama
G. T. (int.)	Vitalidad física o cerebro	Prana (Linga Sharira o Doble Etérico)
G. T. (ext.)	Cuerpo físico	Sthula Sharira
I. P. M.	Sabiduría madurada o Experiencia derivada de los actos pasados y convertida en naturaleza.	Karana Sharira (Cuerpo Causal)

Obsérvese que la principal diferencia existente entre el I. P. M. y los demás oficiales de la Logia consiste en que el primero representa lo actualizado, realizado y completado, y los últimos, lo que existe potencialmente. El I. P. M. representa lo que el hombre ha hecho; los demás oficiales significan lo que él puede hacer.

Pasemos ahora a examinar cada una de las respuestas y preguntas de la ceremonia de Apertura.

Hemos visto ya que las palabras de apertura pronunciadas por el V. M. - "Hermanos, uníos a mí para abrir la Logia " - constituyen una invocación del Maestro de Sabiduría a todos los poderes y facultades que posee el hombre, para que le ayuden en la labor que va a realizar. Después, el Maestro se vuelve hacia la Mente creadora, proyectadora y concebidora de formas y líneas de conducta, y le pregunta cuál es su Primer Deber, a lo cual responde aquélla que consiste en asegurarse de que el Templo está a cubierto de profanos.

El Maestro instruye a la Mente para que cumpla con su deber; la Mente transmite la orden al Cerebro, y este último, tras de cerciorarse de que el Cuerpo Físico se "encuentra en el lugar que le corresponde", manifiesta que el templo está a cubierto de profanos.

Podrían escribirse muchos volúmenes acerca del trabajo de la portería de la Logia, que se describe como el primer y constante deber de toda Logia perteneciente a la Francmasonería. Uno de los aspectos de este trabajo consiste en el secreto, pero dejemos esto de lado por ahora, y limitémonos a la función del Guarda Templo externo como representante del Cuerpo Físico.

Enumeremos para comenzar los factores externos de los deberes del Portero. Primero, permanece en la parte exterior de la puerta de la Logia; segundo, va armado con una e... d... ; tercero, ha de impedir la entrada de los intrusos y profanos, y cuarto, ha de cuidar de que los Candidatos entren convenientemente preparados.

Representando el Portero al cuerpo físico, que es el elemento más exterior de la personalidad, no creemos que sea difícil comprender la razón de su permanencia fuera de la Logia, puesto que no se puede permitir que entre en el recinto del templo nada que

pertenezca a la personalidad, ni a los apetitos y deseos del cuerpo. Se ha dicho acertadamente que, así como los vestidos exteriores y los sombreros han de quitarse y colgarse fuera de la Logia, así también debe cada hermano abandonar sus sentimientos e intereses personales a la puerta del Templo.

Pero no nos hemos de satisfacer únicamente con excluir del Templo a las influencias Indeseables, ya que el Guarda Templo externo realiza una misión mucho más importante que ésta. Debemos tener presente siempre que el Portero o Guarda Templo externo es un Hermano Masón y un Oficial de la Logia. Aunque parece desterrado de sus hermanos que se encuentran en el interior del Templo, ninguna Logia está completa si carece de él; puesto que el primer deber constante de todo el Tall, es procurar que él se encuentre en su puesto. Sin él no puede abrirse la Logia, y, si él deja de cumplir con su deber, el trabajo de aquella pierde su efectividad. El Portero no debe abandonar ni un solo instante su puesto, y ha de estar siempre alerta y presto a la acción.

Jamás ha de envainar su es..... Para manejar esta arma con eficacia ha de poseer cualidades genuinas: vigilancia, prontitud, fuerza, habilidad, decisión instantánea, valor e infatigabilidad.

Creemos que la significación de todo esto es bien evidente en nuestro análisis psicológico.

En todo trabajo que hayamos de emprender, nuestro deber primero ha de consistir en ver si poseemos las condiciones físicas que requiere la obra. Las buenas intenciones, los elevados propósitos y las nobles resoluciones no tienen utilidad alguna a menos que se posean los medios materiales para poder llevarlos a efecto. La piedra de toque de la vida se ha de aplicar siempre en el plano físico. La Masonería no consiste tan sólo en alta filosofía y exaltada ética, sino que, además, es esencialmente práctica. Los fundamentos espirituales del Amor fraternal, de la Caridad y de la Verdad, han de tener sus contrapartes físicas en el plano material.

El cuidado del cuerpo físico aplicado al individuo constituye un aspecto importante de la labor del Guarda Templo externo. La deficiente salud del cuerpo no sólo puede ser un medio de que se abran paso en la Logia las influencias indeseables, sino además de que la obra de las demás facultades pierda su efectividad. La debilidad corporal, la dejadez, la pereza, la lentitud, la cobardía y la falta de destreza, pueden hacer ineficaz la vigilancia o disminuir la eficiencia de la obra. Bien dijo un gran Instructor oriental que "el primer paso que ha de darse en el camino que conduce al Nirvana es el de poseer una perfecta salud física."

Así pues, el Portero, físicamente considerado, representa la actividad física, la cual depende en gran parte de la salud del cuerpo.

Como el Portero, el cuerpo físico no debe entrometerse ni ser un obstáculo, y esta condición se cumple mejor cuando goza de perfecta salud. El cuerpo, fiel sirviente de su dueño -la Mente, - actúa tanto más perfectamente cuanto menos conciencia de su existencia tiene el hombre.

Pero aún hemos de llevar la cosa más adelante y considerar que el Portero representa todos los aspectos físicos de nuestras empresas. En toda parte de obra el primer y constante cuidado ha de concentrarse en los materiales y aplicaciones físicos. El artesano precisa materiales para su comercio e instrumentos de trabajo, y no existe prueba mejor de que es un buen trabajador que la de que tenga en orden sus instrumentos, de los cuales el más importante es su propio cuerpo.

Por lo tanto, todo verdadero masón ha de procurar que las herramientas, sistemas, proyectos y aparatos físicos de que se valga sean todo lo perfectos posible y estén bien cuidados. Y sólo cuando haya cumplido estos requisitos, es cuando estará en

condiciones de emplear sus facultades provechosamente en la obra masónica que haya de realizar.

Permítasenos que nos salgamos un poco del tema del Guarda Templo o Portero externo, para decir que el deber inmediato del V. M. es el de asegurarse que todos los hermanos que se hallan en el templo sean masones, cosa que se comprueba inmediatamente. La aplicación psicológica de esto es evidente. Es necesario que en los comienzos de toda empresa probemos y nos percatemos de cuales son nuestros sentimientos, motivos y pensamientos, con objeto de ver si son dignos de quien es masón, si obedecen a la recta ley de la escuadra y si son puros e inmaculados como el distintivo de los francmasones.

Después, el V. M. pregunta cuáles son los tres Oficiales principales, como si llamara a la existencia a sus fuerzas, y le responden que son: la Voluntad, que procura la fuerza impulsiva; la Mente, que concibe planes de acción, y la Sabiduría, que guía. Estos tres ocupan sillones de presidencia, y representan los principios estáticos del hombre, manantiales del poder, y no los vehículos que transforman la energía en acción. Para este último propósito, cada uno de ellos tiene su Oficial auxiliar, que es móvil y dinámico, tiene libertad para moverse por el piso de la Logia y obedece a los mandatos de las Presidencias. La Sabiduría dirige a la Razón (P. D.); la Voluntad energiza al Deseo (S. D.), y la Mente estimula al Cerebro (G. T. interno) a la acción.

Volviendo de nuevo a tratar del Portero y, habiendo ya hablado de la primera parte de su deber, quizás nos sea provechoso examinar la función que cumple cuando cuida de que "los Candidatos estén convenientemente preparados". Al mismo tiempo que el Portero o cuerpo físico mantiene alejados a los intrusos, ha de conservar alerta las avenidas del sentido, de tal forma que las nuevas impresiones y el nuevo conocimiento o experiencia entren, cuando estén "convenientemente preparadas".

En relación con esto es interesante saber que podemos aplicar cada uno de los detalles de la preparación del Candidato a la manera como deberíamos recibir los nuevos factores y consideraciones, después de un detenido examen y de ponerlos a prueba, y aplicarlos al trabajo masónico.

Por lo tanto, debemos despojarlos de toda idea de lucro personal: debemos cegarlos, para que en vez de que ellos nos dirijan y tuerzan, seamos nosotros quienes lo hagamos. Una vez que hayamos separado todas las trabas y obstáculos, debemos prepararnos para aplicarlos potentemente a la acción. Con el corazón puro, hemos de aprestarnos a aplicarlos al servicio de quienes tengan necesidad de simpatía o de ayuda, aun a riesgo de que nuestros esfuerzos encuentren como respuesta la ingratitud, la hostilidad o la incomprensión. Debemos de tener ansias de ofrecer todo cuanto poseamos, doblando las rodillas para reverenciar o para hacer humildes servicios, y manteniéndonos en contacto en todo tiempo con la madre tierra, duro lecho rocoso del hecho práctico: debemos aprestarnos a aplicar todos nuestros poderes, al objeto que tengamos a la vista, desafiando a todos los peligros hasta la muerte.

El paso siguiente dado en la ceremonia de Apertura en relación con el G. T. interno consiste en describir la función del Cerebro que es la vida del cuerpo, es decir, en admitir principios conocidos a los que se puede dispensar del retejo, así como en dar la bienvenida, con las debidas precauciones, a nuevas ideas y flamantes conocimientos. El G. T. interno o cerebro viene a ser el sirviente de la Mente (S. V.) según dice el ritual: lección bastante fácil de comprender, aunque no siempre se pueda aplicar con facilidad. No todos los masones pueden convertir a su cerebro en siervo obediente de la mente, porque, a veces, aquel se rebela contra ésta arrastrándola consigo. Obsérvese de pasada que, según el sistema oriental, la Mente Superior gobierna el flujo de Prana o Vitalidad, con lo que se quiere dar a entender que la dirección de la salud corporal radica en la

Mente, como muchas escuelas de pensamiento proclaman actualmente, quizás errando en algo.

Los deberes del P. D. y del S. D., que se describen en sus respuestas un poco desconcertantes, y que, dicho sea de paso, no parece que se cumplan en las ceremonias actuales, tienen un alto interés psicológico. Creemos conveniente estudiarlas juntas.

El P. D., que representa el intelecto activo y razonador, la conciencia normal en estado de vigilia, ha de llevar los mensajes y mandatos de la Sabiduría a la Voluntad. Esta última representada por el P. V., quien procura la fuerza impulsora para la realización de la obra, energiza a su sirviente o mensajero, el S. D. o Deseo, quien a su vez transmite la orden al S. V., la Mente Creadora, que es quien concibe los planes de realización de la empresa.

La manifestación de que S. D. ha de ver si se "han cumplido las órdenes puntualmente", se refiere al hecho de que el Deseo es insistente y se mantiene activo - podríamos decir casi agresivo - hasta que la Mente ha aceptado la orden y formulado algún plan para ejecutarlo.

Similarmente, la Mente Inferior, la Razón, representada por el P. D., "espera que vuelva el S. D." ; es decir, que la conciencia normal vigílica permanece en estado de espera, a la expectativa, hasta que el Deseo se satisface y cesa en su actividad, al haber logrado su propósito.

Una vez definido de esta forma los factores inferiores, dinámicos o activos, se verifica un notable cambio en la fraseología, pues el V. M. se dirige a los elementos estáticos y superiores, representados por los vigilantes, y les pide una explicación razonada.

En el Ritual se describe el lugar que ocupa el S. V. o Mente creadora diciendo que señala al Sol en su meridiano, o sea el punto más elevado que este astro ocupa en el cielo. Esto parece indicar que el nivel superior de conciencia a que puede llegar el hombre en el Primer Grado, es el de la Mente Superior. Más aún, la inteligencia suprema ha de dirigir al hombre, como al sol al día; y así como los movimientos de este astro sirven para llamar a los hombres del trabajo al descanso y viceversa, del mismo modo la inteligencia suprema determina el momento en que han de actuar los hombres y cuando deben abandonar la acción, cuando han de trabajar y cuando pueden jugar. Sólo cuando la Inteligencia y no el Deseo o Voluntad - dirige y gobierna es cuando se saca provecho y placer, es decir, es cuando el hombre puede ser a un mismo tiempo eficiente y feliz.

Y pasando a tratar del P. V. -la Voluntad- que representa el término del día, el sol poniente, sépase que cuando el Maestro - o la Sabiduría, el Ego reinante de la conciencia íntegra - ordena, la Voluntad extrae de la Logia la fuerza motriz y de esta forma da fin a la empresa. Pero esto no se realiza sino cuando cada Hermano "ha cumplido con su deber"; o sea después de haber ejercitado plenamente todas las facultades y poderes, y de haber hecho todo lo posible.

Y, por último, el Ritual dice que el Maestro o Sabiduría, representa al sol naciente, al manantial de la luz, al origen de la conciencia.

En cada uno de nosotros existe un Maestro, aunque no tengamos conciencia de ello; Maestro, que es el Ego de la conciencia, el Gobernador y el verdadero manadero de nuestra vida y de nuestras acciones. Este Ego supremo es quien abre la Logia y quien nos pone a trabajar, "empleando e instruyendo a los Hermanos en Francmasonería"; es decir, dirigiendo y empleando nuestras facultades en el Oficio de la vida.

El Maestro o la Sabiduría ha llamado ya a la existencia a todas sus facultades subordinadas y ha definido la tarea que a cada una de ellas corresponde; pero, antes de dar comienzo a los trabajos, la conciencia se dirige al Supremo Arquitecto, para

reconocer que únicamente de Él es de donde procede toda la Sabiduría, toda la Fuerza y toda la Belleza.

Y por eso recita una plegaria, por la que pide que la obra empezada con método y orden, se encamine armoniosamente hacia su pacífica conclusión. En la conocidísima fórmula, "todas las facultades apoyan a esta plegaria, y determinan que así sea".

El Maestro declara abierta ahora la Logia en nombre del G. A. D. U., dando a entender con ello que todas sus facultades y poderes están alerta y prestas a la acción, presteza que se indica por medio del s.... que hacen todos los hermanos en este momento.

El descenso del I. P. M. , la apertura de la Biblia y la posición especial de la E. y del C, significan que todo 'el pasado conocimiento y toda la experiencia se han aportado al campo de la acción, para su futuro empleo; que la acumulada sabiduría de los siglos tal como se encuentra escrita en la Biblia está depositada en la Logia por si es necesario, y que los eternos símbolos de la escuadra y del círculo se encuentran ante nuestros ojos para regular nuestras acciones y mantenernos dentro de los debidos límites con todos los hombres. También se nos recuerda que todo cuanto somos y conocemos procede únicamente de Dios, único origen de la luz y de la vida, y que toda acción no es sino manifestación del verbo de Dios.

Esta es una interpretación sencilla y elemental de la Apertura de la Logia de los Francmasones en el Primer Grado, la que se verifica de forma tal que su majestad, su dignidad, su invocación a lo supremo y mejor que hay en nosotros, y su estímulo para que tratemos de divisar tras el extremo velo de las palabras y de las formas ese secreto, ese interno mundo de causas, del cual no son sino transitorios y fugaces efectos todos estos elementos de nuestra vida externa, no se pierden ni desmerecen a pesar de que la ceremonia se repite continuamente.

En conclusión, resumamos brevemente la apertura en términos de la presente interpretación psicológica.

Antes de emprender una obra, sea cual fuere su magnitud, el masón concentra sus fuerzas, y se coloca en la debida actitud y ambiente, recordando la infinita Belleza, Fuerza y Sabiduría, de donde puede extraer, si quiere, los materiales que necesite para integrarse a sí mismo.

Luego, perfecciona en lo posible todas las condiciones físicas necesarias a la empresa; y examina y prueba sus motivos para ver si son puros e inmaculados. Al eliminar cuidadosamente todas las influencias indeseables e indígenas, abre las puertas de su naturaleza para dar entrada tras de detenido examen a todos los materiales o conocimientos nuevos que le puedan servir para realizar la obra.

El Ego supremo emite su mandato, el que por medio de la conciencia normal vigílica se transmite a la Voluntad, la cual le da su ímpetu a su vez, con lo que se convierte en urgente Deseo: a continuación la Mente imaginativa concibe un plan de belleza, que traslada al Cerebro y al Cuerpo para que lo lleven a cabo.

De manera que todos estos actos son dirigidos por la Voluntad, y derivan su ímpetu de ella; pero emanan del Ego Supremo o Sabiduría. Sin embargo, el masón debe tener presente siempre que todo cuanto él es procede únicamente de Dios, su Señor, porque como las Escrituras cristianas citadas en el Ritual dicen con palabras que no se pueden parafrasear apenas sin destruir su belleza, en Dios radica la única inspiración: "Suyas son la primera y la última palabra, y el principio y el fin de toda acción es con Dios, es la acción del mismo Dios."

CAPÍTULO III

LOS I. DE T. DEL PRIMER GRADO

La presentación de los I. de T. del primer grado al hermano acabado de iniciar es uno de los más vívidos y bellos episodios de la ceremonia, al par que las frases con que se describen estos Instrumentos, tomadas de las Sagradas Escrituras son de las más hermosas del Ritual. Casi todo el mundo está familiarizado con estos Instrumentos, pero pocos son los que los han asociado con significaciones más profundas que las indicadas por el S. V.

Sin embargo, en nuestra interpretación de la Francmasonería tenemos como especial propósito el de ahondar todo lo posible en los significados más ocultos de nuestros símbolos, lo cual ha de hacer posible que demos significación espiritual a objetos y actos completamente ordinarios. Con este ejercicio imaginativo llegaremos a comprender gradualmente que toda acción y todo objeto de nuestra vida vulgar tiene significación espiritual al propio tiempo que material.

En cuanto comenzamos a estudiar los Instrumentos de Trabajo del primer Grado y meditamos acerca de ellos, nos percatamos casi de una ojeada que no se eligieron al azar entre los útiles de los albañiles. Al contrario, su significación filosófica y simbólica es tan profunda que nos transporta directamente al corazón o núcleo de nuestros más fundamentales conceptos sobre la vida y el trabajo.

Antes de entrar en materia, bueno será que anotemos de paso la evidente correspondencia existente entre los tres Instrumentos de Trabajo del primer Grado y los tres Principales Oficiales de la Logia. Así, la Regla .de 24 pulgadas que se emplea para medir y planear la obra, corresponde a la Sabiduría del V. M., quien también ha de medir y planear cuando dirige. El M. que se utiliza para golpear tiene relación con el P. V. cuya cualidad es la fuerza, y cuya misión consiste en la transmisión de la energía. El C. corresponde al S. V., porque, así como éste representa el elemento de Belleza, así el C. es el instrumento con que el masón cincela la piedra tosca, creando en ella líneas, superficies y molduras para embellecimiento del edificio.

Y, si estudiamos más profundamente todavía la significación de nuestros instrumentos de trabajo, descubriremos que representan el conjunto de la vida manifestada en sus tres aspectos de Cognición, Emoción y Actividad. El Yo tiene tres modalidades de conciencia cuando entra en relación con el No-Yo: pues puede conocer, sentir y obrar. Nosotros no conocemos ninguna modalidad más de la conciencia, pues la vida que nosotros experimentamos se halla comprendida en esta triple posibilidad de conocer, sentir y obrar.

Ahora bien, el conocimiento se deriva de la observación, de la medida que se obtiene al utilizar la Regla de 24 pulgadas en una forma u otra. La Acción es la aplicación de la fuerza, que llevamos a cabo por medio del M., mientras que el C. es el instrumento con que nos ponemos en contacto con la materia del mundo externo y con que ejecutamos nuestra voluntad en ella, contacto que, en términos de conciencia, es la cualidad de sentir.

De manera, que nosotros "conocemos" con la R. de 24 P. " Sentimos " con el C. y "Obramos" con el M.

Y si ahondamos más, descubriremos que hay tres cosas necesarias en toda obra inteligente: la primera es nuestro plan o proyecto; la segunda, la energía o fuerza que nos proponemos dedicar a nuestra tarea, y la tercera, el instrumento real con que ejecutamos el trabajo. Claramente se ve que estos tres elementos se simbolizan gráficamente por nuestros tres Instrumentos de Trabajo. Porque hacemos nuestro plan

con la R. de 24 P.; aplicamos nuestra fuerza por medio del M. y llevamos a cabo, realmente, el trabajo con el C. De manera, que estos tres útiles son arquetipos de toda posible variedad de instrumentos pertenecientes a las tres clases.

Pero estudiemos ahora detalladamente estos tres Instrumentos de Trabajo, empezando por la R. de 24 P., que es el más fundamental y trascendental de todos para el hombre.

La función de la R. de 24 P. consiste naturalmente en medir la longitud. Ahora bien; la medida de longitud es la base de las medidas de todo género en todos los departamentos de la vida. como saben muy bien los hombres de ciencia. No existe ni conocemos otra base imposible. Únicamente cuando medimos la longitud de los objetos es cuando llegamos a comprender lo que son. Esto, no sólo se aplica a las líneas, sino, como es natural, también a las superficies, volúmenes y ángulos, puesto que las unidades en que éstos se expresan se basan en último término en la medida de longitud. Así también hemos de decir que la única forma de localizar o determinar la posición de un objeto respecto a otros se basa en el empleo de la medida de longitud, por ejemplo, en el de la R. de 24 P. La forma de los cuerpos no se puede describir si no se recurre a los términos de la medida longitudinal.

Aun más, no sólo los objetos materiales, sino, además, todo acontecimiento o fenómeno de la naturaleza sólo se puede describir y medir en términos de medida de longitud, en último análisis. Así por ejemplo, la luz y el color sólo se pueden medir y, por consiguiente, describir por la longitud o velocidad de sus ondas cuyas dos cualidades implican la medida de longitud como esencial ingrediente. Lo mismo puede decirse respecto a todas las otras formas, como el calor, el sonido o la electricidad.

El peso de un cuerpo, que no es más que una manera de escribir la fuerza de gravedad, tan importante para el masón, se mide en términos de unidades de longitud. Todas las propiedades de la materia conocidas por nosotros se representan finalmente en términos de medida longitudinal, ya se trate de textura, dureza, elasticidad, calor específico, durabilidad o de lo que sea. Idéntico principio se aplica a la medición de la velocidad y de los movimientos de todo género ya se trate de átomos y moléculas, o de trenes, planetas y estrellas.

Cuando medimos la energía de los músculos, del vapor, de la electricidad, de la energía interatómica o de la radioactividad no conocemos otro modo de expresar las observaciones o cálculos que el de la regla.

Otro hecho científico bien conocido es el de que el tiempo no se puede medir más que con términos de espacio, puesto que la única manera de estimar su transcurso consiste en registrar fenómenos de movimiento, movimiento que, como es natural, sólo se puede expresar con términos dependientes de la medida longitudinal. Si careciésemos de nuestro sistema de medición del espacio, no sabríamos como registrar el transcurrir del tiempo.

De manera que el tiempo y el espacio, la materia y la fuerza, y todas las combinaciones conocidas de estos elementos primarios con que se elabora nuestra vida ordinaria, Únicamente pueden medirse, conocerse y comprenderse valiéndose de la medida de longitud, de la R. de 24 P.; es decir, que la base de toda ciencia o conocimiento radica en el empleo de la R. Este principio les aplicable a todos los departamentos de la experiencia y del conocimiento humano, puesto que hasta cuando se trata de arte, de filosofía o de religión es preciso reconocer que las únicas ideas cognoscibles e inteligibles relativas a estas manifestaciones humanas son las que se pueden medir o estimar de algún modo, ya que, en donde la medición termina, es donde comienza la ignorancia o la conjetura. Nuestro saber es tanto como nuestra habilidad en medir, ya se trate de pesar un pedazo de piedra, comode apreciar el valor espiritual de una idea.

No obstante, existe aun otro campo de aplicación de la R. de 24 P. Por necesidad ha de ser ella el primer Instrumento de Trabajo del Masón, ya que, hasta tanto que haya sido aplicada la R. de 24 P. no se puede emplear útilmente ningún otro. Todo trabajo útil se realiza aplicando los instrumentos de trabajo donde corresponde, lo que únicamente se puede hacer bien valiéndose de la R. Si así no se hiciera aquéllos se convertirían en instrumentos destructivos. El arte de la vida consiste en aplicar nuestros poderes y facultades, que son nuestros instrumentos, en el sitio y momento precisos.

Creo que es clarísima la razón de que la R de 24 P. sea el primer I. de T. que se entregue al A. Ella es, naturalmente, la primera cosa esencial en la ejecución de obras de todo género, y lo es también de la adquisición del saber en que se basa la habilidad de todo artífice. Si nos percatamos bien de la naturaleza y objeto de la R. de 24 P. se nos revelará el maravilloso tesoro de significación simbólica existente en los símbolos vulgares de la Francmasonería. Este estudio preliminar del primer I. de T. con que tropezamos en nuestra vida masónica ha de facilitarnos el camino para llegar a comprender los otros instrumentos de este Grado, el M. y el C., que vamos a estudiar a continuación, empezando por el M.

Hemos visto antes ya que el M. representa el poder o la fuerza, ya que es un instrumento que sirve para golpear. Representando el método más sencillo y elemental de aplicación de la fuerza, es el símbolo de todas las formas físicas, morales, mentales y espirituales de la misma. El que sea esto así se aclara cuando se explican los I. de T. en el primer grado, diciendo que son símbolos del trabajo manual, al propio tiempo que de la parte superior de la naturaleza humana, o sea, de la conciencia.

Ahora bien, la vida del hombre consiste en mover la materia, en trasladarla de un lugar a otro, principio que puede aplicarse tanto a las formas supremas del trabajo filosófico y espiritual, como a las actividades puramente mecánicas o manuales. Toda acción se reduce en último extremo a mover materia, ora se trate de la substancia de la tierra y de todos los objetos que con ella fabricamos, ora de la materia de las mentes humanas, de la substancia de las almas y hasta de la urdimbre imaginativa con que se crean los sueños. La fuerza blandida por el hombre y el poder que éste ejerce sobre la materia y los acontecimientos, consisten al fin y al cabo en que puede mover la materia de un lugar a otro. El primer instrumento que imaginó el hombre primitivo para mover la materia del plano material es el M.; y cuando fabricó el mazo o martillo rudimentario, que probablemente consistiría en un pedazo de piedra que asía con la mano, inauguró una nueva era; la era de las herramientas, la era en que empezó a valerse de cosas ajenas al cuerpo para conseguir lo que se proponía. Este paso dado en la evolución es tan importante, que algunos hombres de ciencia han definido al hombre como animal fabricante de instrumentos. Y traduciendo esta definición al lenguaje masónico podríamos decir que el hombre es un ser que lleva un M. en la mano. El hecho de que el hombre se atreviese a agarrar este M. es un acto de significación importantísimo; ya que con ello dió comienzo la aurora de la conciencia del poder, aurora en que el hombre tuvo el primer vislumbre de su divinidad latente. Hoy día el Maestro de la Logia es el hombre que ase el M. con la mano, para simbolizar el derecho que tiene a dirigir la Logia.

Permítasenos una pequeña digresión en el campo de la ciencia natural, pues quizás sea interesante examinar como todo fenómeno, así como todas las actividades del hombre y de las máquinas se deriven del empleo del M., de la descarga de un golpe.

Todas las fuerzas de la Naturaleza son descargas o golpes. La luz consiste en una forma de impulso dado al éter o a los corpúsculos; esto mismo vienen a ser el sonido, la electricidad, el magnetismo y, probablemente, la afinidad química y la gravitación. El viento es el golpeteo de unas partículas de aire contra otras; la música de los árboles es

el choque de sus ramas; las florecillas y los árboles se abren camino en la tierra a fuerza de empujar; las olas arremeten contra la costa, y las partículas de agua se empujan al descender por el lecho del río hacia el océano. En todo fenómeno se observa que las partículas de materia se golpean y empujan entre sí incesantemente. La Naturaleza ase un M. en cada una de sus infinitas manos.

También las máquinas fabricadas por el hombre son M. perfeccionados, puesto que todas ellas se basan en la proyección o descarga de golpes o impulsos. Él hace que el fuego lance partículas de combustible y que produzca calor y gases. Él hace que el vapor impulse al pistón, y que cada miembro de la máquina empuje al que él le conviene. Él hace que la fuerza magnética haga girar a la armadura y que se produzca electricidad. Él hace que la electricidad hienda el éter y transmita su mensaje por toda la tierra. En las primeras etapas de la evolución humana el hombre es el M. de sí mismo, y utiliza la fuerza de sus propios músculos; pero a medida que su alma se desarrolla, se va apoderando de los M. de la Naturaleza, y ordena a ésta que le obedezca, unciendo sus energías para que le sirvan. La Naturaleza acaba por convertirse en su M., en su sierva.

Esta es la primera lección del M. La lección de la fuerza o poder del músculo, la sensación, la moción, el intelecto y la espiritualidad. Este poder es ilimitado, porque dentro de nosotros existe una reproducción del G. A. D. U. cuyo poder es omnipotente, como se nos dice en la Apertura de la Logia. Más tarde trataremos de esto, cuando estudiemos la significación especial del M. al trabajar en conjunción con el C., porque la individualidad del masón encuentra su expresión en el filo del C.

Estudiemos ahora el C. La fundamental del C. consiste en su poder de cortar, de abrirse paso en la materia. Para poder realizar su función perfectamente ha de tener un filo cortante y resistente en proporción a la obra que con él se ha de realizar, y, además, ha de ser capaz de recibir y transmitir la fuerza que se le aplique por medio de las diferentes clases de mazos.

En casi todas las artes, oficios e industrias se utilizan instrumentos cortantes, y basta examinarlos cuidadosamente para percatarse de que todos ellos se basan en el cincel y son modificaciones y aplicaciones de esta herramienta. Para comprender esto mejor, estudiemos las artes de trabajar la madera, el metal o la piedra.

Los variadísimos instrumentos ideados para pulir los materiales, o para hacer estrías y molduras en ellos consisten en cinceles de diferentes modelos fijos en mangos o asas. Similarmente, todas las clases de taladros, barrenas o brocas se abren paso en el material por medio del biselado borde de cincel existente en el extremo de la herramienta. Todas las variedades de limas y sierras consisten, también, en numerosos cinceles, pues cada diente es un cincelito que corta precisamente como todos los cinceles lo hacen. El agricultor se vale de un cincel en forma de arado, grada o azada, para abrir la tierra; y las hoces, guadañas, segadoras mecánicas, etc., no son sino cinceles a los que se ha dado una forma adecuada con lo que de ellas se exige. Las tijeras y tenazas de los obreros son cinceles unidos a pares. Hasta todas las formas de pulverización, de molienda y de bruñido que constituyen la base de muchos oficios, se fundamentan en el principio del cincel, pues las diminutas partículas de la muela actúan como pequeñísimos cinceles, que fragmentan el material con que entran en contacto.

No es necesario proseguir para percatarse de que todos los instrumentos cortantes utilizados por el hombre son cinceles cuya forma depende de la naturaleza del trabajo que han de realizar .

La aplicación del principio de esta herramienta a los mundos moral y mental es fácil de descubrir. Así como el C. del trabajador de la piedra ha de estar fabricado con material y bien templado, ha de tener un filo cortante y ha de ser capaz de recibir y transmitir la energía que se descargue sobre el mango; así también el masón especulativo ha de

poseer cualidades morales, facultades mentales y poderes espirituales con características correspondientes. El hombre solo puede actuar sobre el mundo que le rodea e incluso sobre su naturaleza propia, aplicando los poderes que en sí posee por medio de los órganos de sus diversas facultades. El material de que han de estar hechas estas facultades ha de ser sano: sentimientos generosos y buenos, una mente bien dotada, y educada, una naturaleza espiritual pura y profunda. En todos los actos que haya de realizar él, sus poderes o energías han de dirigirse a un punto o filo, concentrándose en la obra; porque si no hay concentración, la fuerza se dispersa y el éxito es imposible. El hombre debe abrirse paso neta y puramente a través del laberinto de la vida, sin consentirse jamás desviaciones del propósito trazado. En lo moral, no debe apartarse de la estricta línea de la virtud; en lo mental, su mente no debe torcerse ni perder la dirección: ha de abrirse paso entre lo falso y lo aparential, desdeñando lo que no es esencial, para concentrarse en lo que lo es; en lo espiritual, ha de poseer veraz y penetrante discernimiento, de manera que pueda ahondar en el corazón de las cosas y ver lo invisible tras de lo visible.

Además, los poderes del hombre han de estar en condiciones de resistir la prueba de las dificultades, obstrucciones y golpes producidos por las desilusiones y el fracaso, porque entonces es cuando se ponen verdaderamente a prueba el verdadero temple y la calidad de aquellos poderes. A veces, queda destrozado al hacer un esfuerzo violento, del mismo modo que el filo del cincel se mella, y a veces, es desviado de su propósito, como el borde del cincel. La naturaleza del hombre puede destrizarse o quebrarse como el material de una herramienta deficientemente fabricada, o puede resistir su labor sin desviarse con perfecta elasticidad y rebote como el bien templado acero.

Una vez estudiados los tres I. de T. por separado y con algún detalle, quizás sea conveniente comparar y contrastar las funciones pertenecientes a cada uno de los miembros del grupo.

Al principio no podemos menos de pasmarnos ante las diferencias fundamentales y radicales existentes entre la función de la R. de 24 P. y las del M. y del C. El primero es esencialmente un instrumento estático, los otros dos son dinámicos. Aquél indica el camino; éstos, lo recorren. La R. de 24 P. sólo puede emplearse bien cuando está estacionaria; mientras que los otros instrumentos sólo son útiles cuando se ponen en movimiento.

La R. es rígida, inflexible y fija; además, su longitud se ha determinado de una vez para siempre: los otros dos son esencialmente móviles, flexibles y capaces de adaptarse infinitamente a las necesidades del trabajo y del operario. La R. es impersonal, mientras que en el M. y el C. se infunde la personalidad del individuo que con ellos trabaja.

El Aprendiz se percata fácilmente de lo que todo esto significa. En la vida hay siempre polos de espíritu y de materia; y mientras que los principios de la vida son fijos, las aplicaciones de los mismos al trabajo práctica han de ser infinitamente flexibles. Los ideales impersonales deben dirigir a las energías personales. Y así como cada golpe dado con el mallete sobre el C. ha de tener por objeto el cortar la piedra en la medida señalada por la R. de 24 P., así también los actos del masón han de obedecer fielmente a los mandatos de la mente. Toda obra inteligente ha de ir precedida de un proyecto, cuya tarea sólo puede realizarse con la mente, la cual toma sus medidas y dirige todas las actividades hacia el fin propuesto.

Así, pues, los tres I de T. del primer grado representan la triple naturaleza del hombre o, por lo menos, su triple naturaleza externa, o sea, el cuerpo, los sentimientos y la mente.

El hombre se diferencia de los animales por su mente, su inteligencia, su poder de planear cosas, en una palabra, por su R. de 24 P. y así como la R. de 24 P. es necesariamente siempre el instrumento primero y más importante de que se vale el

albañil y determina el uso que éste hace de las demás herramientas, así también la mente es de suprema importancia para el hombre, ya que de su correcto empleo depende su naturaleza de hombre. La función de la inteligencia consiste en dar órdenes; y la de los deseos y del cuerpo, en obedecer.

Estudiando detenidamente la significación del malleto y del cincel como instrumentos de utilización acoplada, pueden descubrirse cosas de gran valor para los masones; pero si tal hiciéramos, elevaríamos nuestro estudio hasta un grado superior. Estudie el aprendiz su propia naturaleza con paciencia y perseverancia, separando en su conciencia tan distintamente como le sea posible los tres factores de su yo externo: el cuerpo, los sentimientos o sensaciones y la mente. Luego, ha de ver en el M. la representación simbólica de todo poder que le da energía, el cual debe aprender a dirigir y manejar. En este poder ha de descubrir la Fuerza Omnipotente. En el C. ha de ver todas sus facultades, las cuales debe desarrollar, educar y atemperar a los propósitos de la obra que tiene ante sí, que no son otros que la construcción del Templo Sagrado.

Y en la R. de 24 P. ha de descubrir su humanidad, Divino poder de la razón que ha de adueñarse de la morada corpórea, irigiendo todas las cosas hacia el único gran objetivo: el servicio del hombre y la gloria del G. A.

Y a medida que pondere todas estas cosas y perfeccione sus facultades de forma tal que la energía en él existente pueda obedecer por medio de éstas a los mandatos de la mente realizando bellas obras de artífice, descubrirá el secreto de su individualidad, que al emerger en el mismísimo filo de su cincel le capacita para dibujar su marca única y singular, signo de su propiedad exclusiva por derecho de nacimiento que sólo él puede trazar.

CAPÍTULO IV

LA INVESTIDURA

El discurso de Investidura que pronuncia el P. V. en el primer grado es uno de los trozos más notables del ritual de la Masonería.

El acontecimiento en sí dramático y de gran significación para el aprendiz recién iniciado va acompañado de palabras cuya belleza sobresale entre muchas cosas bellas seleccionadas para conjurar por asociación visiones repletas de intensas sugerencias emotivas, históricas, místicas y artísticas.

Dramático momento aquel en que se ciñe la Insignia al nuevo hermano, investido por primera vez con el nombre de Francmasón.

En el curso de la iniciación ha pasado simbólicamente él por numerosos peligros, pruebas y dificultades; y después de haber triunfado de todo, se aproxima al lugar de la L., y encuentra la luz. Una vez que ha sido él admitido por la Logia como miembro de la Antigua y Honorable Fraternidad y ha prestado el J. o solemne P., es debidamente. Aceptado y saludado como Hermano. El aprendiz aprende un S. S., un t. y una p., secretos con los que se podrá dar a conocer a todos los hermanos del mundo. Luego se pone el sello final a la obra, y se confía al aprendiz el signo externo de francmasón, siendo desde entonces un masón investido y perfecto.

Muy obtusa ha de ser la imaginación del candidato que no se sienta conmovido profundamente cuando escuche las solemnes palabras que le dirige el Oficial investidor. El Águila romana, el Vellochino de Oro, la Orden de la Jarretera ¿ Existen en nuestro idioma otras frases más impregnadas que éstas con el aroma de la historia, con las glorias del pasado, con las insaciables aspiraciones de los místicos y de los videntes de todas las épocas, con el romance y la gentileza de la caballería, con los honores que conferían los reyes a los grandes del país? En los inolvidables momentos que ocupa la ceremonia de la Investidura, desfilan por nuestra imaginación tumultuosas imágenes, en las que oímos el rumor de las pisadas de las poderosas legiones romanas dando al viento sus banderas, en las que recordamos el espíritu aventurero de los caballeros que, en indomable búsqueda por la tierra toda, desafiaban peligros, pasaban privaciones y vencían dificultades, y tenemos la visión de cortes y tronos en donde se conceden con magna pompa honores y favores reales.

Razón tiene el Aprendiz para sentirse tan orgulloso como cualesquiera de los que han recibido los dones supremos, pues oye que le dicen que no hay en el mundo cosa tan bella como ese sencillo distintivo, con el que se han honrado desde tiempo inmemorial los puros de corazón, los verdaderos masones. De esta forma el flamante hermano siéntese ligado a los siglos pasados, ver desfilar y ante sus ojos las generaciones que le precedieron en la escala masónica.

"Nunca habéis de manchar su blancura." ¿Hay algún Aprendiz que no se haga en ese momento solemne voto de apartar de sí todo lo que pueda manchar su hermoso e inmaculado distintivo? "El distintivo de la Inocencia" ha de recordarle seguramente la inocencia de la niñez. "El vínculo de la amistad"..... no cabe duda que querrá llevarlo como tal.

Y oyendo las palabras del V. M. hace voto de desterrar de sí todos los pensamientos de animosidad hacia sus hermanos.

El contenido y el alcance de estas breves sentencias son inmensos. Ellas abarcan todas las etapas de la vida, con sus ideales: la bandera del soldado, el santuario del devoto, el

honor del estadista, la inocencia del niño y la camaradería del hombre. La escena de la investidura es una joya dramática, un acabado triunfo del arte, un digno remate de una espléndida ceremonia.

Muchos masones preguntan, por qué no es el V. M. el Oficial Investidor en vez del P. V.

Este punto tiene mucha importancia, tanto desde el aspecto filosófico, como desde el punto de vista individual, y merece ser estudiado.

No obstante es necesario que examinemos antes con detenimiento la relación exacta que existe entre el V. M. y el P. V., para poder apreciar debidamente el problema y comprender en todo su alcance esta parte de la ceremonia.

Estudiemos primeramente las relaciones generales existentes entre estos dos Oficiales principales. Están situados en partes opuestas de la Logia; enfrente uno del otro. Uno de ellos mira hacia Occidente, y el otro, hacia Oriente; es decir, que uno dirige la mirada hacia la luz, y el otro la aparta. Se encuentran en los dos polos, entre los cuales se teje la trama de la vida. Son el Yo y el No-Yo, el Uno y su Reflejo; el espíritu y la materia, la vida y la forma, el alma y el cuerpo. El V. M. representa la Luz, el Sol naciente, la aurora, la mañana; el P. V. es el símbolo de las Tinieblas, del Sol poniente, de la Tarde. El uno es el principio; el otro, el fin; aquel abre el día, éste lo cierra anunciando la llegada de la noche. El V. M. es la vida desbordante e infinita; el P. V. es la fuerza o rigidez omnipotente que contiene y domina a la vida; aquel ilumina e instruye; éste refleja y distribuye.

El V. M. es el centro; el P. V., la circunferencia: el primero es lo interno, y el segundo, lo externo.

Ahora bien; el mandil, distintivo del francmasón, ¡es la prenda más usada de todas: es el signo visible y externo del miembro de la Orden, la representación exterior de la verdadera naturaleza del hombre interno. El Mandil no es en sí la realidad interna, ni la pureza, ni la inocencia, ni la fraternidad; sino, más bien, el símbolo de todas estas cosas, la representación en la forma y la materia de todas estas realidades espirituales.

De ahí que el Distintivo, que es un objeto material y una forma exterior, sea ceñido por el Oficial que representa las cosas externas.

El V. M. da la luz pura y blanca de la verdad y de la iluminación; pero el P. V. presenta la vasija que contiene luz. El V. M. comunica los s...s y dice la p., pero el P. V. confiere el distintivo exterior que proclama que el A. posee todos estos s...s. La vida emana del V. M.; la forma, del P. V. El V. M. prepara al corazón; el P. V. viste al cuerpo. El V. M. abre las puertas de la vida al candidato; el P. V. otorga la forma que revela la naturaleza de la vida, dándole un medio para que pueda manifestarse.

Basta ya de los aspectos generales del problema. Veámoslo ahora desde el punto de vista del individuo.

El ceñimiento del Distintivo es el hito que señala una etapa definida en la vida del individuo; es un paso de avance dado en el progreso evolutivo, y un pórtico que da acceso a una vida nueva y más noble. Nadie puede llevar a un hombre a la Francmasonería si él no se presenta espontáneamente como candidato a los secretos y misterios de la Antigua Francmasonería en calidad de hombre libre movido por la luz secreta de su espíritu.

Otros hombres pueden mostrarle la luz; pero no pueden hacer que la vea, ya que quien ha de dar los primeros pasos ha de ser él. El aspirante ha de apoyarse en su propia fuerza y no en la ajena. Los demás le señalan el camino; pero él ha de ser quien lo recorra.

Su ser interno, su V. M., le otorga la luz; pero su propia Voluntad, su propia fuerza ha de impelerle a caminar en la luz y a difundirla para que sus hermanos participen de ella.

De ahí que el P. V., quien en lo individual simboliza la Voluntad, ciña al A. el Distintivo que proclama el paso que el nuevo masón acaba de dar .

La escena de la investidura es, pues, una de las más dramáticas, conmovedoras y significativas del primer grado. Impresiona de tal modo a quien se aproxima a la Francmasonería con pura intención, que jamás la olvida.

El Mandil francmasónico, considerado filosóficamente, llena todos los requisitos de la clásica definición del sacramento: pues es "un signo sensible y exterior de una gracia espiritual e interna." El A. que comprende bien su significación reconoce que acepta y se viste este signo exterior y visible espontáneamente; sabe que ha tomado con entera libertad la determinación de recorrer el sendero de purificación que le ha de llevar a la iluminación, y comprende que, al aceptar el Distintivo, se compromete a realizar la obra que él mismo se ha impuesto. Ha hecho voto solemnísimamente de caminar siempre adelante, y no puede retroceder, a menos que falte a su promesa. La suerte está echada; el primer paso está dado, y él ha de avanzar continuamente hasta unirse a la luz en que tiene puestos los ojos.

CAPÍTULO V

EL SEGUNDO GRADO

El llamamiento del Segundo Grado de la Francmasonería es completamente diferente y distinto del primer grado. Esto es inevitable y lógico, pues así como el hombre es un ser completo cuya constitución tiene varios aspectos, así también la Francmasonería debe poseer aspectos que corresponden con los humanos. Sólo así es como la Francmasonería puede proclamar que sustenta una filosofía completa de la vida y un sistema de moral y de ética en concordancia con las múltiples necesidades de sus adeptos.

De esto se deduce que, como son pocos los hombres que han llegado a un perfecto desarrollo y como la mayoría han educado unos de los aspectos de sus naturalezas más que otros, es lógico que no sientan igual predilección por todas las facetas de la Francmasonería. Esta vulgar observación viene como anillo al dedo en el caso de que estamos tratando, pues sabido es que la mayoría de los Hermanos no responden con tanta presteza y entusiasmo al segundo grado, como al primero. Vale, pues, la pena estudiar este hecho indudable que tiene importantes consecuencias procurando determinar las causas a que obedece.

Algunas de las principales razones de que esto ocurra no son muy distantes, ni difíciles de buscar. El primer grado es esencialmente moral y emocional; el segundo es mental en el fondo. El primer grado es un llamamiento a los sentimientos; el segundo, es una exhortación a la mente. El primero, inculca virtud; el segundo, prescribe ciencia. Uno habla al corazón; el otro, a la cabeza. El primero aconseja la pureza y la inocencia; el otro encomienda el estudio minucioso y observador de los misterios ocultos que atesoran la Naturaleza y la Ciencia.

Ahora bien; en la actual etapa evolutiva, casi todos los hombres viven más de los sentimientos que del intelecto. Y, por consiguiente, es mucho más fácil despertar emociones, que inducir ideas; puede persuadirse mejor a los hombres recurriendo a sus sentimientos que "a su cerebro, y hasta puede decirse que las creencias y las opiniones de la gran masa humana se fundamentan en los sentimientos más que en la sabiduría, hasta tal extremo que es difícil tener ideas que no estén teñidas de emoción.

Además, el origen de todas las acciones o sea la fuerza prima motriz de la vida ha de hallarse en el reino de la sensación y de la "emoción. Porque la emoción es quien da calor al corazón y enciende en el espíritu las llamaradas de las grandes hazañas y de los actos de perseverancia y de sacrificio. La palabra emoción significa etimológicamente "movimiento hacia afuera", porque cuando los sentimientos se despiertan, mueven a los hombres hacia el exterior, y les arrastran a la realización de acto. Un llamamiento puramente intelectual no impulsará a la acción, ni siquiera quienes viven casi por entero en el mundo de las ideas, porque la mente no es activa en sí. Para que ella entre en actividad es preciso que aparezca una emoción o un deseo que la incite a ello.

La razón principal de que la llamada del primer grado sea más potente que la del segundo para la mayoría de los hombres, se basa en esos dos hechos; es decir, en que el centro de la conciencia suele radicar en el sentimiento y no en la mente, y en que toda acción brota fundamentalmente de la emoción.

Prosigamos estudiando algo más profundamente este problema de la vida de la emoción y de la mente para poder llegar a apreciar la significación y el valor de la segunda enseñanza.

El mecanismo de la emoción tiene dos características sobresalientes: la simplicidad y la

espontaneidad. Todo sentimiento deriva fundamentalmente de los elementos primarios "amor" y "odio", o "atracción" y "repulsión", y, por compleja que sea la emoción resultante compuesta de infinitas variantes e intensidades de los ingredientes "amor" y "odio", o "gusto" y "disgusto", únicamente habrá presentes en ella estos dos elementos. Además, la respuesta del sentimiento es espontánea y automática, pues para su producción no es preciso ningún esfuerzo del hombre en algunos casos, y en otros, basta con un pequeño esfuerzo. En realidad, el esfuerzo no tiene que hacerse para dar salida a la emoción, sino más bien para contener sus explosiones dentro de los debidos límites y dirigir u- fuerza por útiles canales.

Con la mente ocurre todo lo contrario. La respuesta mental no se produce en la mayoría de nosotros con la prontitud y la espontaneidad características de la emoción, pues la vida de la mente es menos vívida, menos vitalmente elástica que la de las emociones. La vida mental es para casi todos tan fría, tan poco inspiradora como ardiente e infundidora de inspiraciones es la emocional. Pocos son los que se sienten entusiasmados con tanta facilidad por las cosas de la mente como por las del corazón.

Aun más, la respuesta de la mente es lenta y tarda, si se compara con la rápida y decisiva de la emoción. La mente anda cuando la emoción salta. Esta se decide a manifestarse con la velocidad del rayo, casi instantáneamente; la mente delibera, pesa las pruebas y las examina con escrupulosa exactitud antes de emitir su veredicto o pronunciar su juicio. Para la mente, la precisión y el detalle, son factores indispensables: las emociones no obedecen a orden alguno, pues son caprichosas. La mente recorre su camino metódicamente, paso a paso; es serial y su concentración ha de ser sostenida. La emoción no sigue ningún método, no conoce reglas, ni se preocupa por nada. Vive su vida en relámpagos. La emoción no tiene conciencia de sí misma. La razón es autoconsciente, y vigila todos los pasos que da. La emoción se procura la fuerza propia; los procesos mentales requieren esfuerzo deliberado.

Este es otro de los factores importantes a que se debe que el llamamiento del segundo grado sea menos potente que el del primero, puesto que, si bien en el primer grado se proclama la lección del "esfuerzo repetido e infatigable", no todos los compañeros han aprendido esta lección, ni la han incorporado a su vida. De ahí que la vida mental, la cual exige en las primeras etapas considerable y consciente esfuerzo, no sea tan atractiva y fácil como la espontánea vida emotiva.

Es preciso e importante que todo masón que tome en serio la Masonería - nadie es verdadero masón si no lo hace así - comprenda claramente estas verdades psicológicas relativas a la mente y a la emoción, puesto que semejante conocimiento le ha de ser muy útil para poder llegar a ser un "verdadero y fiel masón" y adelantar una etapa más al expandir y desarrollar su vida mental.

En el primer grado se hace hincapié en la necesidad del ejercicio constante e infatigable, porque esta es la única manera de purificar y dominar a la emoción. Por eso el trabajo del aprendiz se enfoca en este grado principalmente hacia su propia naturaleza con objeto de que se prepare para la vida mental, más amplia y plena del segundo, en el que ha de aprender los misterios ocultos de la Naturaleza y de la Ciencia. Pero antes de que esto pueda conseguirse es preciso purificar la naturaleza moral. No puede enseñarse la ciencia a los impuros, porque la Francmasonería se fundamenta en la virtud, y no puede esperarse que los tremendos poderes que confiere la educación de la mente se utilicen únicamente para sí misma su recompensa, así también la actividad mental y el pensar claro y preciso son fines altruistas, si antes no se desarrolla sobre los cimientos de la fuerza moral de la virtud.

En el ritual del segundo grado se insiste continuamente en la Acción. Así por ejemplo, el primer incidente verdadero de la entrada en la logia implica "actuar sobre la E.",

mientras que la invocación que a esto sigue pide al A. que tenga energía para continuar la obra comenzada, indicando las palabras una vida de acción. En su J. o P. no sólo promete mantener los principios de virtud inculcados en el primer grado, sino que, además, jura que obrará como un verdadero y fiel masón. Después del J..., su atención se enfoca hacia el único punto del círculo expuesto, pero no se le da ninguna clave de sabiduría, sino que, por el contrario, se le dice que debe descubrirla por sí mismo.

Y hasta el hecho de que el P. V. no le dé ninguna orden en el momento de la Investidura, puede indicar esa misma lección; es decir, la de que debe hacer el esfuerzo por sí mismo. No se le dice nada más sino simplemente que busque y siga el cauce de su actividad. El V. M. añade, entonces, que se espera del iniciado que estudie la Ciencia, preparándose de esta forma para cumplir los nuevos deberes que contrae. Este tema de la acción firme, persistente y definida se continúa en el Discurso.

De manera que todas las ceremonias del segundo grado cercioran al candidato de que la Logia espera que se dedique a la acción en el mundo externo. De este modo el candidato aprende que está en el deber de desarrollar la parte mental de su naturaleza, cosa que sólo podrá conseguir a costa de constante esfuerzo; y, además, se le dice que si no hace esto no será un verdadero Masón o Artesano. Esta última palabra recuerda el taller de la vida, la atmósfera del trabajo inteligente y vigoroso, porque las obras no son útiles, sea cual fue re el elevado grado en que se hayan realizado, si no se fundamentan en el saber y han sido dirigidas por la habilidad. Los laberintos de la vida son tan intrincados que no basta con que nos guíen la inocencia y la pureza, pues nuestros esfuerzos serían inútiles si estas cualidades no fueran dirigidas por la sabiduría. El Templo Sagrado no puede erigirse tan sólo con materiales de emoción, de virtud y de sentimientos, los cuales serían insuficientes aunque fueran puros, buenos y generosos.

Es necesaria, también, la sabiduría, ya que la ignorancia es una "maldición de Dios " y "las alas de la sabiduría son las que nos conducen al cielo", como dijo Shakespeare. Nunca se definió mejor al genio que cuando se dijo que es "una infinita capacidad de trabajar", definición que nos recuerda la famosa de Edison, quien opina que esta facultad consta de un uno por ciento de inspiración y un noventa y nueve por ciento de sudor, de transpiración.

La lección del trabajo arduo que exige concentración, así como esfuerzo persistente e infatigable ejercicio, es fácil de comprender para quien ha hecho la promesa de Compañero masón. También es evidente y clarísimo que el mundo en que trabaja principalmente el Artesano (el masón operativo) es el mental.

El deber de aprender no constituye sólo arduo trabajo, sino que, además, este esfuerzo está recompensado con un placer tan grande como el goce de que va acompañada la emoción, porque el hombre se manifiesta en la vida de tres formas diferentes: pensando, sintiendo y obrando: Cognición, Emoción y Actividad; y el ejercicio afortunado y libre de cualquiera de estos tres divinos dones produce una sensación de engrandecimiento de la vida, acompañada de un sentimiento de expansión, que es placer. Hay un júbilo del bienestar físico que se deleita expresándose en movimiento físico. Hay un júbilo de emoción que encuentra abundantes medios de manifestarse en la vida del hombre. Y hay también un júbilo del intelecto que se manifiesta en el ejercicio de la mente, en la actuación de la imaginación creadora. Así como el bienestar físico es un goce, y así como la virtud, que no es otra cosa que bienestar emocional, tiene en sí misma su recompensa, así también la actividad mental y el pensar claro y preciso son goces de orden más intenso, que producen sensaciones de satisfacción tan profundas y plenas como las de las cosas de la vida emotiva.

De manera, que no sólo constituye un placer la posesión de una mente bien educada y rica, sino que, además, aumenta extraordinariamente la intensidad y la valía de la

experiencia emocional, puesto que si bien los sentimientos pueden experimentar la sensación del mundo externo, en cambio no son capaces de comprender lo que es éste, y, por lo tanto, su apreciación de las bellezas del universo ha de ser por fuerza limitada, tanto en cuanto a su grado, como en cuanto a su extensión.

Las emociones se relacionan únicamente con la superficie de las cosas y con sus apariencias externas. La mente, en cambio, puede penetrar bajo la superficie hasta su más íntimo corazón y comprender las leyes de su existencia y estructura y el mecanismo de su vida y crecimiento. Tan sólo por medio del saber que nos proporciona la mente podemos formarnos una idea adecuada - si es que tal cosa puede ocurrir - de las "maravillosas manifestaciones del G. A. D. U." Las emociones sienten la belleza; el intelecto, la concibe, la entiende y la comprende. La emoción ve el efecto; la mente averigua la causa.

El Aprendiz masón disfruta en el transcurso de la ceremonia del segundo grado ahondando profundamente en la significación de la vida. Continuamente se le repite que sus futuros estudios han de encaminarse hacia los ocultos misterios de la Naturaleza y de la Ciencia, y se le aconseja que no ha de limitarse tan sólo al cultivo de la práctica de la virtud, sino que, además ha de adquirir sabiduría, zambullirse en la acción y penetrar en los escondrijos más íntimos de la Naturaleza y en las profundidades de la Ciencia.

Con tanta frecuencia se repite en el ritual la frase "ocultos misterios de la Naturaleza y de la Ciencia " que es conveniente estudiarla a fondo para descubrir plenamente su significación. Es de suponer que de cada diez masones habrán nueve que entiendan por "Ciencia " los estudios de la vida y de la naturaleza comprendidos en la física, la química, la astronomía, la biología y cosas por el estilo.

Pero esta interpretación no puede ser verdadera, puesto que todas estas ciencias consisten meramente en el estudio de varios aspectos de la Naturaleza; y si interpretamos la palabra de esta manera, la frase "Naturaleza y Ciencia" vendría a ser casi una tautología, porque estas voces significarían "Naturaleza y estudio de la naturaleza " respectivamente. Pero no hay que atribuir tan a la ligera esa redundancia de lenguaje a nuestro ritual, y menos aún al del segundo grado, notable por lo sucinto y conciso. ¿Cuál puede ser, pues, la verdadera significación de la frase "Naturaleza y Ciencia"?

Recurramos para averiguarlo a la etimología de la palabra ciencia. La voz sciens, derivada de la latina scire, conocer, significa literalmente "conociendo" ; de modo que "ciencia " es el acto de conocer, y no el resultado de conocer o conocimiento. Ahora bien, el acto de conocer es el ejercicio de la conciencia y, por lo tanto, la frase "Naturaleza y Ciencia" significan claramente Naturaleza y Conciencia; es decir, el fenómeno de la vida, toda la cual puede abarcarse con la palabra naturaleza, y nuestra apreciación o comprensión del mismo (del fenómeno de la vida) a cuyo acto damos el nombre de conocer o conciencia. La Psicología que, en su sentido más amplio, abarca todas las manifestaciones de la conciencia, es un tema necesario y adecuado a las investigaciones del Compañero masón en su trabajo del segundo grado.

Pero todavía podemos ahondar algo más y descubrir la razón de que sea la psicología (o estudio de la conciencia) una de las obligaciones del segundo grado. Reduciendo la vida a sus tres términos primarios, llegamos eventualmente al Yo, el No-Yo y la Relación entre ambos. Esta Relación es la Conciencia, constante acción recíproca, acción y reacción, identificación y repudiación, etc. Ahora bien, los tres Grados de la Masonería se relacionan primariamente con estos tres factores de la vida. En el Primer Grado nuestro trabajo fundamental consiste en separar al Yo del No-Yo, y apreciar el lugar que a cada uno de éstos le corresponde en la vida. Ordénase al Aprendiz que establezca buenas relaciones entre él y sus compañeros; se le recomienda que practique todas las

virtudes sociales y domésticas, y cosas por el estilo. De esta manera, es como al tratar de armonizar con su ambiente, se convierte en ciudadano virtuoso, justo y moral. Así es como llega a comprender algo de los tres factores, o sea, de sí mismo, del mundo exterior a sí mismo, y de su relación con ese mundo. En el segundo grado el proceso da un paso más. Ahora el francmasón ha de aproximarse hacia la conciencia de sí mismo, emprendiendo el estudio definido, detallado y exacto de su ambiente, que es la Naturaleza, y de su relación con este ambiente, o sea de la Conciencia, ciencia o acto de conocer. Cuanto él haya adquirido cierto grado de conciencia de sí mismo, y no sólo haya acrecido su virtud y utilidad, sino que además haya aprendido algo del verdadero Oficio de la vida, estará en condiciones de realizar la última etapa de su tarea, el conocimiento de sí mismo, la plena conciencia de su yo. En el Tercer Grado aprenderá a sumergirse en los reinos de la conciencia pura, en los dominios del Yo, dejando tras de sí a todas las formas, exteriores y hasta a su mismo cuerpo; se encarará consigo mismo como puro Ser, y aprenderá que ha de sobrevivir a la muerte del cuerpo: aun más, sabrá que ha de sobrevivir a la misma pérdida de su propia individualidad, cuando llegue a ser Maestro masón.

Es decir, que el Compañero masón ha de descubrir en la sencilla frase "los Misterios ocultos de la Naturaleza y de la Ciencia" un grandioso significado y una guía práctica que le sirva para recorrer el ascendente sendero en donde ha de alcanzar la plenitud masónica y ha de realizarse a sí mismo como Maestro.

El segundo grado, considerado en conjunto, es un llamamiento a la mente individual del Masón, quien ha trabajado firmemente en su naturaleza moral y emotiva durante el aprendizaje. La Ceremonia del segundo grado tiene por objeto presentar ante el Candidato el vasto panorama del campo del conocimiento, con los hombres trabajando de diferentes maneras, cada cual de acuerdo con su temperamento y habilidad, pero todos encaminando sus energías al objeto común de beneficiar a la humanidad. Después, debe elegir su sendero, y marchar y trabajar en el mismo como verdadero y fiel Compañero masón. El ha de ser quien tome la iniciativa, quien elija y quien decida, porque la Masonería no tiene por objeto hacer autómatas que obedezcan ciegamente, sino, por lo contrario, obreros inteligentes capaces de elegir por sí mismos la parte de la construcción del Templo que sólo ellos pueden realizar, porque cada uno de los Trabajadores es único, individual.

Cada Compañero masón tiene una tonalidad jamás oída antes, y toda su obra de Trabajador lleva la marca de su propia individualidad, marca que únicamente él puede estampar. En esto consiste la esencia de la ceremonia del segundo grado, la verdadera clave del arco de su mensaje. Y hasta tanto que el masón no haya terminado esta tarea; hasta tanto que no erija una individualidad única, integral y fuerte que se baste a sí misma no estará en condiciones de ocupar un lugar en el ejército de los constructores.

Existe un interesante paralelismo entre el primer grado y el segundo, admirable ejemplo de la repetición de ciertos temas fundamentales en diferentes grados de la Masonería, temas que se expresan en los términos del grado en que se trabaja.

Así, en el grado de Aprendiz se hace hincapié en la libertad de voluntad del Candidato; se le pregunta si es hombre libre, si viene a la Masonería espontáneamente, sin haber sido influenciado por nadie, y si se ofrece libre y voluntariamente. Inmediatamente después de haber prestado la solemne promesa, se le hace saber que la Masonería es libre y pide perfecta libertad de inclinaciones al aspirante a sus misterios. En el primer grado es importantísima la libertad de motivo. De forma que no ha de haber coacción ni persuasión, sino que la iniciativa ha de partir del candidato.

En el segundo grado vuelve a hacerse hincapié en la libertad, si bien menos directamente que en el primero. En el grado de Compañero, en que se da por sentado

que los motivos se han purificado en el anterior, la libertad es cosa de elección mental, más que emocional, y cuestión de juicio, más que de sentimiento. El candidato ha de elegir entre los múltiples campos de trabajo que se despliegan ante su vista el sendero que desee recorrer.

No se le aconseja, ni sugiere nada acerca de lo que mejor le convenga, porque ha de ser él mismo quien lo haga todo. Tan sólo se puede decidir cuál ha de ser la línea que ha de seguir. Para entonces ha de haber llegado a su individualidad, o estar próximo a ella, secreto nombre escrito en su corazón, que sólo es capaz de leer el que lo recibe. Así es como vuelve a pedirse al masón que tenga iniciativa - iniciativa plena, libre, no coartada por nadie, ni por nada, - en lo cual consiste la suprema lección de este grado.

Esta tarea no es fácil, puesto que el Obrero no ha llegado todavía en esta etapa al Centro, ni "ha encontrado al Yo". Sin embargo, ha de hacer el escogimiento, pues si dejara de hacerlo sería destruido por las circunstancias, y perdería de vista el angosto y único sendero que le puede conducir hacia la meta.

Una de las mayores dificultades que ha de afrontar el Obrero es la de permanecer completamente solo mientras hace el escogimiento, cosa que se le hace difícil porque ha de verse obligado, aparentemente, a separarse de sus hermanos y a insistir en esa separatividad con que tuvo que combatir ardientemente en el primer grado. Porque en el primer grado desarrolló el sentimiento de la fraternidad y de la unión, fortaleciendo los fuertes lazos de afecto que le unían a sus camaradas masónicos; pero cuando llegue a ser Compañero, ha de obrar como si ignorara estos poderosos afectos, porque estos pueden ayudarle a resolver su problema, el cual sólo él debe solucionar, ya que es diferente al de todos los demás masones que llegan al grado de Compañero.

En la afirmación de su Individualidad, en la expresión de su propio carácter que le distingue de todos los demás Obreros, existen dos principios encauzadores que indican los límites de su elección. La individualidad no debe de ninguna manera entrometerse en los derechos ajenos ni menoscabarlos, pues ha de "mantener los principios inculcados en el Primer Grado". Tampoco debe olvidar nada de lo aprendido en el primer grado, ni vulnerar ninguno de los principios de la virtud y de la conducta moral. El segundo principio por que se ha de guiar consiste en obedecer las leyes del segundo grado, que se simbolizan de modo tan vívido en sus I. de T.; es decir, en la Escuadra y la Plomada (el Nivel no es más que una combinación de los otros dos). La E., base de la Geometría o de la medición, es el principio del conocimiento o ciencia, y la conducta de la ley física más fundamental de la naturaleza, es decir, de la gravitación, cualidad primaria de la materia. Por lo tanto, las leyes de la ética, así como las de la Naturaleza se enseñan al Obrero como principios guías que ha de tener presentes al: crear o expresar su Arte o Individualidad.

Ahora ya hemos estudiado algunas de las razones de que el llamamiento del segundo grado sea tan fundamentalmente diferente del correspondiente al primer grado. El mensaje del primer grado es de purificación, como corresponde al necesario paso que se ha de dar para adquirir y emplear adecuadamente la sabiduría, pues el Grado dice: "sé puro, no hagas mal" . Este llamamiento provoca una respuesta que, corrientemente, viene a apoyar la creencia en la bondad esencial de los corazones humanos, y desmiente la perversa doctrina del "pecado original". Por otra parte, el mensaje del segundo grado es también de trabajo hábil, el cual sólo lo pueden realizar quienes han adquirido conocimientos. La exhortación del grado es: "busca la sabiduría; aprende a hacer las cosas bien".

La adquisición de la virtud es, relativamente hablando, menos difícil que la educación y

enriquecimiento de la mente, puesto que no es imposible eliminar el odio, y además, el acrecimiento del amor se realiza rápida y regularmente en cuanto que se han roto las barreras de aquel. De modo que no es inconcebible una vida de perfecta virtud.

En el mundo de la mente, no ocurre lo propio, puesto que el horizonte no se ve, y el saber parece no tener límites. Para la mente la vida es casi infinitamente compleja, y los vislumbres de sabiduría que con trabajo logramos divisar nos revelan el vasto abismo de ignorancia que hemos de salvar antes de que penetremos en los misterios de la naturaleza y de la ciencia. La adquisición del conocimiento suficiente que nos permita afrontar juiciosamente todos los problemas de la vida con que luchamos a diario es más lento y difícil de consumir que el anhelo de vivir de acuerdo con los preceptos de la virtud y de la moral.

Además, en la vida moral nos es provechosa la ayuda que nos prestan quienes huellan el mismo camino que nosotros. La vida de la mente es, por lo contrario, mucho más individualista, pues exige que cada cual afronte sus problemas en soledad casi absoluta y casi siempre sin ayuda ajena.

Así que la enseñanza íntegra del segundo grado se enfoca hacia la idea central de la individualidad. Cada Trabajador ha de aprender su Oficio siguiendo una línea propia, insistiendo en sí mismo y no imitando jamás, como dijo Emerson. El individuo no estará en condiciones de soportar la suprema ordalía que le aguarda en el Grado de Maestro Masón, hasta que se establezca y afiance firmemente en la fuerza de su Arte.

CAPÍTULO VI

LOS I. DE T. DEL SEGUNDO GRADO

Lo que quizás caracteriza mejor a cada grado de la Francmasonería es sus Instrumentos de Trabajo, los cuales han sido escogidos de manera que sinteticen y expresen gráficamente la esencia de lo que se trata de enseñar al estudiante.

Estos Instrumentos de Trabajo se pueden estudiar de dos maneras principales: una de ellas consiste en observar el uso que de ellos hacen los masones o albañiles operativos; y la otra, en analizar los principios filosóficos y fundamentales en que cada uno se basa. De esta forma estaremos en condiciones de percibir la lección espiritual que encierra cada uno de estos instrumentos, así como también los medios materiales de expresar semejante enseñanza espiritual en la vida práctica.

No obstante, es necesario que tengamos presente en nuestros estudios masónicos que la Masonería es una ciencia progresiva y que sus tres grados constituyen un todo o conjunto. Lo mismo puede decirse de los Instrumentos de Trabajo, cuyos tres grupos son progresivos, puesto que cada uno sigue lógica y esencialmente a los que le preceden, y el conjunto constituye un complemento íntegro y completo. Por consiguiente, creo que será provechoso el hacer una comparación sucinta de los Instrumentos de Trabajo del Aprendiz, con los del Compañero, para percatarnos de su orden de sucesión y de su afinidad.

Las diferencias existentes entre los Instrumentos de Trabajo del primer grado y los del segundo son muchas y notables. Desde el punto de vista operativo, el Aprendiz ha de allanar la piedra dándole el tamaño y la forma debidos por medio del malleto y del cincel. Realiza su trabajo en la Cantero, en donde prepara aisladamente las piedras, cuya medida se le da, obedeciendo a un plan que ignora.

Trabaja en una sola piedra cada vez, y no es necesario que sepa en donde se ha de colocar ésta, ni cual es su relación con las demás piedras.

Sin embargo, cuando llega a Compañero su trabajo toma un nuevo aspecto y da un importante avance en su arte. No hay que olvidar que, aunque al Compañero se le entregan nuevos instrumentos con que trabajar, éstos no substituyen a los del primer grado, sino que se agregan a ellos. Por lo tanto, todavía conserva él la R. de 24 P., el M. y el C., y aun le queda trabajo por realizar con ellos. En realidad, le dicen que, si bien hasta aquí no se ha ocupado más que de dar forma a la piedra bruta, ahora ha de prepararla mejor, suavizando y puliendo sus superficies, cortando las molduras, etc., a fin de embellecer y dar elegancia a la estructura, trabajo que se puede realizar íntegramente con la R. de 24 P., el M. y el C. La relación de esto con el problema de la individualidad, que constituye la enseñanza suprema del segundo grado, tiene gran importancia y significación, y, por eso, pensamos tratar más tarde sobre el particular.

Los nuevos instrumentos que ahora se añaden al equipo del masón son la Escuadra, el Nivel y la Plomada, símbolos que son los más significativos de la parte formal de la Masonería, puesto que el Templo se erige sobre un fundamento a nivel, se traza con la escuadra, y se levanta piedra a piedra, ajustándolo a la plomada. Por eso parece apropiado que estos tres Instrumentos de Trabajo caractericen al Segundo Grado, que es el Central, y que sean las joyas móviles de los tres Principales Oficiales, cuya posición indica su valor supremo y su lugar único en el esquema íntegro.

Excepto la E. que el masón emplea como la R. de 24 P., en todas las etapas de su trabajo por ser indispensable a todos los grados de trabajadores sea cual fuere su categoría, el N. y la R. P. se utilizan únicamente en la sede del Templo. Es evidente que el Aprendiz no necesita el nivel ni la plomada, instrumentos de relación, para dar forma

a las piedras separadas de la Cantero. En cambio, el Compañero, que trabaja en el solar en que se edifica, colocando unas piedras sobre otras, no podría llevar a cabo su tarea sin el nivel y la plomada. Cada hilada debe estar nivelada cuidadosamente, y cada piedra ha de colocarse con perfecta verticalidad, posición que se comprueba fácilmente por medio de la plomada.

Considerado desde este punto de vista, el trabajo del aprendiz es individualista, puesto que se dedica a preparar las piedras aisladamente; mientras que el del Compañero es de asociación, ya que su tarea consiste en colocar las piedras en perfecta relación mutua, y en procurar que su trabajo se acople correctamente con las otras partes del edificio que construyen los demás masones. De modo que la erección de una individualidad estable fundamentada firmemente en la fuerza es labor que comienza el Aprendiz en los principios de su carrera; pero que únicamente puede ser perfeccionada por el Compañero.

Los Instrumentos de Trabajo de los dos primeros grados pueden compararse y contrastarse de otro modo interesante. La R. de 24 P. y la E., que son los primeros de cada serie, son instrumentos estáticos; es decir, que únicamente se utilizan cuando permanecen parados, puesto que han de tenerse rígidos e inmóviles cuando se aplican a la obra, para que pueden ser útiles.

Sin embargo, entre los otros dos de cada serie hay fin marcado contraste. Mientras el Nivel y la Regla Plomada son instrumentos estáticos, el Mallete y el Cincel son esencialmente dinámicos. Estos dos últimos sólo son útiles cuando están en movimiento, pues de no ser así tendrían tanto valor para el masón como el talento enterrado de la parábola bíblica. Empléanse en cortar el material y separar los pedazos innecesarios. Por otra parte, el Nivel y la Plomada no son útiles cuando se hallan en estado de movimiento, y, al igual que la R. de 24 P. y la Escuadra, han de estar inmóviles y rígidos para que se pueda comprobar la perfección de la obra, la cual ha de variarse hasta tanto que se ajuste a las reglas de los antedichos instrumentos.

De modo que la fuerza no se adquiere más que por el movimiento, por el ejercicio de la facultad y por "el infatigable esfuerzo"; y asimismo, la Individualidad del Artífice se estabiliza, afirma y serena cuando esa fuerza obedece a las leyes de la Naturaleza y de la Ciencia.

Si se consideran los Instrumentos de Trabajo del Aprendiz y del Compañero desde el punto de vista de su flexibilidad y adaptación, se descubre otro elemento de gran valor expresivo en cuanto al problema de la Individualidad. En primer lugar, descubrimos nuevamente que existe cierta semejanza entre los primeros instrumentos de cada grupo, y que hay una radical diferencia entre los dos restantes de cada grado. Así que la R. de 24 P. y la E. son fijas e invariables, y nuestro trabajo ha de ajustarse a ellas en tanto que determinemos el número de unidades de la R. de 24 P. y el lugar en donde debemos colocar los ángulos rectos o escuadras. No puede permitirse ninguna latitud, puesto que cualquier variación es un error y una divergencia de la verdad.

Esta misma reflexión puede aplicarse también al N. y la P., a los cuales hay que ajustarse implícitamente con escrupulosa fidelidad, para que el trabajo no fracase. No queda lugar a ellos para el ejercicio de la individualidad, del temperamento y del gusto personal. Toda desviación de la obra planeada a base de la Escuadra que tienda a separarse de la horizontal y de la vertical es errónea porque estas variantes del proyecto no son manifestaciones de la verdadera individualidad, sino imprecisiones, debidas a negligencias u obstinaciones. La individualidad no se alcanza vulnerando la ley, ni separándose de los principios fundamentales de la Naturaleza y de la Ciencia, sino por medio de algo más sutil y profundo. Lejos de ser la verdadera individualidad un compuesto de errores e imperfecciones, consiste en obedecer a las leyes con escrupulosa

fidelidad, o, mejor dicho, la individualidad se vale de las leyes para lograr sus propósitos, obrando como "verdadero y fiel Artífice", y realizando, sin embargo, el milagro de ser única, integral y diferente de todos los demás individuos. Esta es, indudablemente, la gran paradoja de la Individualidad, cuya solución se elude en el grado supremo.

Ahora bien, si la verdadera expresión de la individualidad no se basa en la infracción de la ley o en la defectuosa aplicación de la Escuadra, del Nivel y de la Plomada ¿en dónde podremos encontrarla? Como la individualidad pertenece *par excellence* al segundo grado, parece lógico que encontráramos la solución en los Instrumentos de Trabajo característicos de este grado; pero no es así.

Si bien es cierto que la formación de la Individualidad es la obra suprema del Compañero, hay que tener en cuenta que son necesarios en esa obra los instrumentos del primer grado así como la sabiduría del tercer grado, si no quieren correr graves riesgos. Pues cuando se lucha por hallar la Individualidad y por consolidarla deben evitarse las añagazas del egoísmo, del orgullo y del "pecado de separatividad"; tendencia separativa que se suele atribuir a las elucubraciones de la mente, cuyo desarrollo constituye la prerrogativa esencial del grado de Compañero masón. Por lo tanto, antes de que el candidato se lance a estudiar con verdadera intensidad el problema de la Individualidad, aconsejamos que sea exaltado al Tercer Grado y aprenda como Maestro masón que hasta la misma individualidad ha de ser trascendida y muerta. Es preciso que aprenda que la Individualidad no es un fin, sino un medio que conduce a una meta más elevada. Si él se concentrara en el problema de la Individualidad careciendo de esta sabiduría, y considerara que la formación de ésta es un fin, un logro suficiente, entonces correría gran peligro de incurrir en errores que tendrían como consecuencia estorbar su progreso ulterior en la Ciencia Masónica.

Contra este peligro se nos precave en las enseñanzas del Segundo Grado, cuando se nos enseña la importante lección del Servicio, puesto que, si esta lección se aprende y aplica bien el enorme poder de la Individualidad se encauzará por los caminos del servicio altruista, con lo cual se habrá logrado su desarrollo saludable y no mórbido.

Así pues, una vez que se ha reconocido que el peligro del egoísmo y de la separatividad no puede evitarse más que consagrando todas las facultades adquiridas al servicio altruista, y una vez que se ha aprendido que el milagro de la Individualidad no es un fin, sino un medio de que nos valemos para lograr un fin mejor, tratemos de descubrir la aparición de la Individualidad, pero no en la manera de emplear los Instrumentos de Trabajo del segundo grado, sino en el uso que se hace de los dos últimos instrumentos del primer grado, conocidos con los nombres de M. y C., pues ya hemos dicho que la Individualidad del Masón o Artífice llega a su fruición y expresión en el filo del Cíncel. Como ya hemos visto, la E., el N. y la P. no quedan margen para lo personal o individual, puesto que estos instrumentos son inflexibles e invariables. En cambio, el Mallete y el Cíncel dan lugar a una variedad y a una flexibilidad infinita. No hay dos trabajadores que usen el Filo de su Cíncel de idéntica manera, así como no hay dos personas que hablen o escriban exactamente igual. En realidad, los Artífices se distinguen entre sí por este diferente uso del Filo. Los trabajadores de la piedra o masones operativos graban sus marcas con el filo del Cíncel, y ningún hombre puede hacer la marca de otro; la marca de cada hombre es única, propia y eternamente distinta de la marca de todo otro hombre.

Especulativamente, el filo del Cíncel es la línea divisoria entre el Yo y el No-Yo; la línea en donde el trabajador entra en contacto con su obra, en que el organismo choca y reacciona contra el ambiente. En esta línea es donde emerge la Individualidad, porque lo que constituye la cosa única de cada organismo individual es la forma en que es

afectado por el ambiente, el modo de reaccionar contra él, de dominarlo. Y esta línea es el Filo del Cincel.

Una vez hechas estas consideraciones, pasemos a examinar con mayor minuciosidad la naturaleza intrínseca de los Instrumentos de trabajo correspondientes al Segundo Grado, y veamos las lecciones ulteriores que pueden enseñar al masón.

Ya hemos visto que mientras el primer grado es primariamente moral, el segundo es mental en esencia, puesto que su objeto consiste en expandir y desarrollar la mente, adaptando sus múltiples facultades al servicio de la humanidad. Por lo tanto, los Instrumentos de Trabajo del Segundo Grado deben ser de naturaleza mental, y esto es precisamente lo que ocurre. Ciertamente es que en el Primer Grado apuntan los comienzos del proceso mental indicados por medio de la R. de 24 P., porque las observaciones sólo se hacen empleando la Regla y reuniendo de esta forma los elementos materiales con que ha de realizarse aquél. Sin embargo, en el Segundo Grado la razón se encarna específicamente en el símbolo de la E., emblema en que se basa toda la parte formal de la Masonería.

La E. es, sin duda alguna, el más fundamental y simple de los símbolos del proceso del raciocinio imaginados por el hombre; y, por consiguiente, las significaciones que pueden darse a sus aspectos innumerables son infinitas. Puede concebirse que su origen es el resultado de observar la relación existente entre dos objetos tan sencillos como las líneas rectas. El hombre primitivo que juega con dos palos llega a colocarlos alguna vez en cruz, formando ángulos rectos, y entonces se da cuenta de que esta posición es única y de que se diferencia de todas las demás en que es siempre la misma desde cualquier punto en que se contemple; es decir, que los cuatro ángulos son iguales. Toda la Geometría, toda medición de formas y objetos, todos los procesos de la razón se derivan de la percepción de esta única relación de cuadratura. Ahora bien, los procesos de la razón son problemas de la conciencia, de conocer (sciens, en latín), de Ciencia. De ahí que la Escuadra indique al masón que el acto de conocer o Ciencia es la médula de la Masonería.

Si nos fijamos de nuevo en la R. de 24 P., que es el primer Instrumento de trabajo del masón - cuyo empleo jamás se ensalzará lo suficiente, ya que su lección consiste en observar o medir - y lo aplicamos a la Naturaleza, a nuestro ambiente material, percibiremos un vasto panorama de fenómenos en el mundo que nos rodea, y, a medida que continuemos observando el proceso de la Naturaleza, empezaremos a notar gradualmente que existe orden en lo que al principio creíamos que era un ininteligible caos de acontecimientos. Este orden regular y metódico de las cosas recibe el nombre de Leyes Naturales, entre las cuales la de la gravitación es la más universal, fundamental e importante, puesto que actúa doquiera existe la materia. Las demás manifestaciones de las Leyes de la Naturaleza vienen y van de acuerdo con las circunstancias; pero siempre que exista materia está presente la gravitación, pues sabido es que la materia y la gravitación son inseparables.

Ahora bien, la P. es el símbolo indudable de la gravitación más típico de los que el hombre ha ideado para indicar las leyes y procesos de la Naturaleza, de las cuales la de la gravitación es la más importante.

Y, por último, hemos llegado al N., que es una combinación de la E. con la P., de la Ciencia con la Naturaleza.

De esta forma se percibe claramente la significación de los instrumentos de trabajo correspondientes al segundo grado de la Masonería: la E. aconseja al Compañero que piense, que emplee la razón; la P. le dice que estudie la Naturaleza, y el Nivel le enseña a combinar su razón con las fuerzas de aquélla.

Todo el arte y toda exposición razonada de la civilización se describe por medio de esta sencilla y gráfica manera. La misma palabra Man (hombre) se deriva de la voz sánscrita Manas que significa Mente, porque el hombre es hombre en tanto que es ser inteligente y razonador. La razón es su divina prerrogativa, y sólo por medio de ella puede él elevarse a mayores alturas en donde esperan su manifestación facultades más maravillosas todavía, y en donde quizás hasta la misma razón haya de ser substituida por un proceso aun más perfecto. Sin embargo, el Compañero tiene el deber supremo de cultivar la inteligencia y la razón y valerse de ellas. A esto ha de unirse la observación de la Naturaleza, con vistas a unir sus fuerzas a la inteligencia del hombre para llegar a la finalidad suprema que tiene ante sí, que no es otra que la construcción del Sagrado Templo. Es decir, que, para la realización de esta gran obra, la Naturaleza procura la fuerza, y el hombre aporta la inteligencia directora de aquélla.

En consecuencia, vemos que, así como la P. representa la Naturaleza y la actuación de sus leyes, y la E. es el emblema del proceso de la conciencia, del acto de conocer o Ciencia, así también los Misterios Ocultos de la Naturaleza y la Ciencia a que se hace referencia tan a menudo en el ritual del segundo grado, se simbolizan sencillamente por medio del primero y del tercero de los instrumentos de Trabajo del Grado, los cuales se unen para formar el segundo, el Nivel, cuyo uso consiste en poner los cimientos para edificar sobre ellos la parte superior de la fábrica.

En conclusión, quizás sea provechoso que recapitemos sucintamente las lecciones que hemos deducido de los Instrumentos de Trabajo pertenecientes al Compañero masón.

Hemos visto primeramente que los Instrumentos de Trabajo del Aprendiz se utilizan en la Cantera para trabajar piedras aisladas, ya que no corresponde a este grado la relación entre las piedras individuales. Por lo contrario, el Compañero hace uso de sus instrumentos en el solar en que edifica; instrumentos que se adaptan especialmente para ajustar entre sí las diferentes piedras con la mayor precisión; por lo cual el trabajo del Compañero es asociativo.

Los Instrumentos de Trabajo del Segundo Grado son precisamente las joyas móviles de los tres principales Oficiales y las más características, por el lado de la forma, de todos los símbolos de la Masonería. Mientras que el primer Instrumento de Trabajo del Aprendiz es estático, por serlo de medida más bien que de movimiento ejecutivo, y los otros dos son dinámicos, todos los tres Instrumentos de Trabajo del Compañero son estáticos. Los dos instrumentos dinámicos del primer grado son flexibles, y proporcionan amplio campo para la variedad y expresión de la individualidad, mientras que los tres del segundo grado son fatalmente impersonales, tienen que ser obedecidos de modo implícito y no dan margen para el ejercicio de la individualidad.

Sin embargo, a quien atañe principalmente la formación de su separada individualidad es al Compañero y no al Aprendiz. Para conseguir esto no ha de servirse de los instrumentos del segundo grado, sino necesariamente de los del primero. Con el Filo del Cincel el Compañero masón encuentra y expresa su Individualidad, y escribe este sagrado nombre que nadie puede conocer excepto quien lo recibió.

Así como el primer grado es moral, el segundo es mental y sus Instrumentos de trabajo tienen la misma característica. De manera que la Escuadra simboliza los comienzos de la razón; la Regla Plomada, la apreciación de la ley más fundamental de la Naturaleza, y el Nivel, la unión de las dos para servicio al hombre. Así que la enseñanza de los Instrumentos de Trabajo del segundo grado se puede condensar en pocas palabras: Pensar, Observar y Trabajar con la Naturaleza. Si el Artífice masón hace esto, llegará un día en que descubra que ha realizado el milagro de la Individualidad en el Filo del Cincel, y en que se dé cuenta de que en el centro de su ser individual existen la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza infinitas que, según se le dijo en el primer grado,

residen también en el G. A. D. U., porque el masón ha de saber que así como el G. A. D. U. es el centro de Su Universo, así también Su reproducción es nuestro centro, nuestro Legislador interno e inmortal y ha de acordarse también de que nuestra naturaleza ha de armonizar con la de su Creador.

CAPÍTULO VII

EL TERCER GRADO

En el Tercer Grado de la Francmasonería descubrimos sugerencias muy diferentes de las encontradas en los dos grados precedentes. El Maestro Masón entra en el campo de una nueva influencia; llega a un mundo nuevo, y rasga uno de los velos que le separan de la verdadera comprensión de la vida... y de la muerte. Esta atmósfera tan real y tan difícil de describir, es quizás el rasgo más característico de este grado, en el cual experimentamos la sensación del misterio, de algo que sentimos y sabemos que existe allí, pero que está fuera de nuestro alcance. Nos dirigimos derechamente hacia ello y cuando estamos a punto de asirlo, se nos escapa y nos quedamos descorazonados y, sin embargo, nos sentimos al propio tiempo dichosos y llenos de beatitud, porque, si bien no hemos llegado a lo inalcanzable, hemos estado tan cerca de conseguirlo, que esta proximidad nos hace estremecer de satisfacción. No hemos descubierto los secretos; pero esto no importa, porque en realidad jamás esperábamos conseguirlo. Sin embargo, tenemos algo que los "substituye" y que nos ha de servir hasta que llegue el día en que logremos lo imposible y podamos contemplar de frente la realidad. Hasta el hecho de que existan s.....s s.....s nos da la certidumbre de que los verdaderos son reales y de que existen en alguna parte, o sea, en el "C.....". Supremo esfuerzo nos cuesta llegar al centro; pero, como después nos es imposible permanecer en ese vertiginoso punto de equilibrio - en esa posición sin magnitud" como dijo tan acertadamente Euclides, - caemos de allí antes de que hayamos tenido tiempo de ver la sublime y pavorosa realidad que llena el vacío de la nada. Pero no podemos dar al olvido el hecho de que haber estado en el C. durante un huidero instante, llevándonos con nosotros un recuerdo vago y turbio de un instantáneo vislumbre de lo inefable; y de esta manera guardamos el tesoro de nuestros s.....s substitutivos como cosa inapreciable, porque son una prueba. un recuerdo y un símbolo del secreto final y último que, cuando se resuelva, aclarará todas las cosas y nos mostrará la resplandeciente visión del Templo perfecto y acabado. El Tercer Grado es algo desconcertante debido a que está lleno de "pares de opuestos". No creemos conveniente referirnos a ellos en este libro, pero mis lectores pueden imaginárselos y percibir la lucha entre los poderes de la luz y de las tinieblas, del bien y del mal que se verifica en el transcurso de toda la ceremonia. La vida y la muerte, el amor y el odio se empujan mutuamente, y la muerte es substituida por la inmortalidad. La yuxtaposición de todos estos elementos opuestos, junto al dramatismo de la tragedia han de ejercer por fuerza poderosa influencia en todo el que tome parte en la ceremonia, rebullendo intensamente esos secretos lugares del corazón en que moran la conciencia del misterio y la belleza de la vida. Pocos serán los que, después de haber visto la ceremonia de la exaltación, puedan ser indiferentes al significado de la vida y de la muerte, al proceso de la evolución, al estudio de "su propio origen y de su destino" ... Este es el objeto primario del Tercer Grado francmasónico. No basta con haber adquirido la virtud que se inculca en el Primer Grado, ni haber dominado la sabiduría concebible con la mente, como exige el Segundo, puesto que al Maestro Masón se le pide algo más profundo, amplio y comprensivo. Es preciso que él mire allende la vida para que pueda comprender toda su significación: la experiencia de la Muerte es la única que puede hacer la vida inteligible y revelarnos su significado. Nadie sabe lo que es la Vida, lo que es la Muerte, supremo secreto, hasta cuyos mismos umbrales llega el Maestro Masón. ¿Puede él avanzar un poco más y traspasar el umbral? ¿Puede él ir al Occidente, retornar al Oriente y encontrar la paz en el Centro, la calma de ese punto de donde no puede separarse como Maestro Masón ?

Sí que es posible, porque, sino fuera así, la Francmasonería y los Antiguos Misterios a los que aquélla es tan idéntica, no tendrían significación alguna, y vendrían a ser a manera de puertas que no dieran entrada a ninguna parte. Los s.....s verdaderos existen, y si bien no pueden explicarse, copiarse o comunicarse, cada cual puede encontrarlos con ayuda de los s.....s substitutivos. Aun estando vivo es posible trasladarse al valle sombrío de la muerte y llegar a la otra orilla. Hoy día es posible que un hombre pierda su vida al propio tiempo que la encuentre; y puede ocurrir que al llamar a la puerta de los Misterios se abra ésta. de par en par para él. El que sea verdadero Maestro Masón puede descubrir entre el tumulto del mundo, entre los dolores y agonías del cuerpo, entre el torbellino de las disensiones humanas y el caminar devastador de los acontecimientos, puede descubrir, decimos, el Centro, llegar a él y morar en él con paz y serenidad, puede descubrir a su Yo inconmovible ante las cambiantes fantasmagorías del universo siempre variable; su Yo desapasionado, separado, fuerte e inconmovible, firme y resuelto, viendo todas las cosas, amando todo, haciendo todo, a pesar de que siempre se halle inactivo y apartado. Para llegar a esta meta hay tantos caminos como clases de hombres. Uno puede llegar valiéndose de la suprema filosofía; otro por la devoción, y un tercero, por la acción sensata. Tanto el filósofo, como el santo y como el hombre de acción pueden encontrar a su manera el C. . . , en donde residen los verdaderos s. . . . s del Maestro masón, y pueden volver de allí para decírselo a sus camaradas, trayendo consigo esos s. . . . s substitutivos que sólo pueden explicarse valiéndose del lenguaje de quienes no han llegado todavía al C.....

Generalizando, podemos decir que el Primer Grado exhorta a vivir la vida recta; que el Segundo recomienda el pensar recto, y que en el Tercero se nos encamina hacia la contemplación del fin inevitable.

Ahora bien, ¿cuál es, en realidad, la enseñanza de la Francmasonería respecto a este fin inevitable? A estas preguntas puede contestarse en tres etapas correspondientes a los tres Grados.

La enseñanza masónica, en su sentido exotérico y externo es muy sencilla y clara, pues enseña que esa muerte que tanto aterroriza a los hombres vulgares que ignoran su verdadera significación, no es lo peor que puede suceder, pues mucho peores son todavía la pérdida del honor, la indiferencia a la verdad y el incumplimiento de una obligación solemne y sagrada. En consecuencia, si el Maestro Masón se ve en el dilema de tener que elegir entre el deshonor y la muerte, no puede vacilar ni un solo instante, puesto que ha jurado que será fiel, pero no ha jurado vivir. De ahí que, suceda lo que suceda, deba ser fiel a la sagrada confianza que en él se ha depositado. No ha de importarle la muerte, sino que su honor sea inmaculado, y ha de procurar que no disminuya la confianza que han depositado en él sus hermanos. Si él fuera falso, todo el edificio de la Francmasonería se vendría a tierra, y entonces no podría existir la confianza mutua, ni ningún masón podría confiar su honor a otros. El Templo sería destruido, sin quedar piedra sobre piedra, y sería necesario comenzar de nuevo el edificio, desde los mismos cimientos. No; los principios de la integridad, del honor y de la lealtad implican confianza inconmovible. Estos principios son supremos, y todo lo demás. incluso la muerte, es broza dada al viento, cuando se compara con "estos grandes principios en que se fundamenta nuestra Orden" .

Esta es en sí la primera y más obvia de las enseñanzas del Tercer Grado. Cuando la Orden nos la enseña no hace más que repetir todo cuanto han sabido desde tiempo inmemorial los hombres más buenos y sabios. Podría decirse que el lema del Maestro Masón consiste en ser "Fiel hasta la muerte". Si este lema constituyera la tónica de su vida, la Francmasonería habría prestado un gran servicio a todos los hombres y su nombre debería ser glorificado de generación en generación.

Si cada Maestro masón pudiese cumplir su J.... "sin evasivas, equívocos ni reserva mental de ningún género" y prefiriese morir antes que calumniar el buen nombre de un Hermano o que dejar de mantener "en todo momento" el honor fraterno como si se tratara del propio, entonces, existiría la fraternidad capaz de terminar el Templo, casi en el horizonte de nuestra visión terrenal. Este ideal de fidelidad entre los Maestros Masones llevaría a la Humanidad hasta tan alto nivel de benevolencia que no sólo dejarían de hacerse daño unos hombres a otros, sino que, además, "el permanecer inactivo ante una obra de misericordia se consideraría pecado mortal" .

Esto es lo que significan en realidad los 5 puntos de perfección del Maestro Masón. No es floja tarea la de cruzar por el Primer Portal y convertirse en Francmasón; pero todavía es mucho más sería la hazaña de prestar el J..... de Maestro Masón y prometer fidelidad hasta la muerte. Que cada Maestro Masón pondere esto bien y vuelva a ratificarse en su determinación ante todos los casos de prueba y de dificultad, para seguir el noble ejemplo de la gran figura simbólica que murió por no ser infiel a su juramento.

Mientras esta es la significación moral del Tercer Grado, es, decir, la enseñanza que puede dar al Aprendiz, hay que tener en cuenta que, también, es una enseñanza apropiada para el Compañero, enseñanza que fascina a la mente y presenta ante ella el conocimiento de los mundos que se encuentran más allá de la muerte. Porque la Francmasonería, haciendo causa común con todas las grandes religiones y con casi todas las filosofías, no sólo afirma con suprema confianza la inmortalidad del alma humana y su supervivencia a la muerte del cuerpo, sino que, además, sustenta la posibilidad de que, quienes buscan diligentemente, lleguen a estudiar la naturaleza de la vida ulterior, aun antes de morir.

Aunque esta última enseñanza ha desaparecido casi por completo en las formas más modernas de la Masonería, el estudiante puede encontrar vestigios de su pervivencia en los rituales de los grados superiores y llegar a la conclusión de que constituye una parte intrínseca e importante de la instrucción masónica, como ocurría en los Antiguos Misterios de que desciende la Francmasonería.

Hay muchos indicios de que la era de ignorancia de este absorbente tópico camina rápidamente hacia su fin, para ceder su puesto a los albores de una época en que el conocimiento de la vida post mortem sea de patrimonio universal y en que los hombres lleguen a familiarizarse con los mundos en que habitan los muertos, los cuales dejarán de ser enigmas insolubles para convertirse en problemas de fácil solución, como tantos otros grandes misterios de la Naturaleza que el intelecto humano va descubriendo lentamente e incluyendo dentro de los límites de lo comprensible.

Son tan numerosos y profundos los maravillosos descubrimientos de la ciencia física, que corremos el peligro de no poder llegar a comprender su grandeza ni el inmenso panorama que nos presentan. Si el hombre puede superar a la gama de sus cinco sentidos cuando mide y cuenta esas miríadas de partículas llamadas átomos y electrones los cuales se mueven con velocidades vertiginosas y contienen fuerzas de inconcebible poder; si, valiéndose de instrumentos de metal y de cristal, puede precisar el hombre cuál es la composición de las lejanísimas estrellas que giran en las insondables profundidades del espacio; si es capaz de penetrar con cifras y símbolos en mundos en que ni tan siquiera los más poderosos intelectos pueden entrar, y puede develar los misteriosos procesos que sigue la Naturaleza para realizar sus milagros; si el hombre puede lograr por sí solo y sin ayuda alguna todas estas cosas y muchas otras más, ¿no puede acaso hallar también a su propio Yo, descubrir su verdadero origen y destino, y saber que su cuerpo no es más que un mecanismo o hermosa vestidura, a pesar de su pasmosa complejidad y de su belleza, y que él es un alma viva e inmortal que deriva su

existencia del Gran Arquitecto, de quien él es hijo ya cuyos pies ha de volver en su debido tiempo?

Sí que puede; porque el sueño de inmortalidad que el hombre ha alimentado durante siglos, no es únicamente un sueño, sino también una visión quizás vaga y parcial de la realidad y de la verdad. A pesar de la filosofía negativa sustentada por los materialistas, el hombre siempre ha creído que es inmortal, y esta creencia nunca ha sido desterrada por completo: la han enseñado la religión y los grandes santos que siguieron el sendero religioso, y la Ciencia está a dos dedos de demostrar esta gran verdad, y muchas otras más de tal manera que pueda comprenderla la inteligencia humana, la cual ha de llegar a confirmar lo que adivinó siempre el instinto y creó eternamente el corazón.

Antes hemos visto que la verdadera naturaleza del hombre se aboceta en el Primer Grado como cuerpo, alma y espíritu; es decir, como Yo, No-Yo y la Relación entre ambos, y que esta Relación es la Conciencia en la acepción más amplia de la palabra. Después vimos que en el Segundo Grado la atención se enfoca principalmente hacia esta Relación o Conciencia, y que la Psicología - palabra que literalmente significa estudio del alma - es la ciencia que el Compañero debe estudiar preferentemente. Si el masón prosigue su estudio con energía se abrirá paso hasta el corazón de su naturaleza, acercándose al C....., y preparándose inevitablemente para el Grado de Maestro Masón, en el cual encontrará el C....., y se conocerá a sí propio como conciencia pura, la que es capaz de existir en plena abundancia hasta cuando está separada del cuerpo.

Así, pues, es lógico e inevitable que escalando peldaño a peldaño la admirable escala de la Masonería, aprenda el masón primeramente a ajustar su conducta a las leyes de la moral y de la ética, que luego sea inducido a estudiar los Secretos ocultos de la Naturaleza de la Ciencia, aprendiendo por medio de estos estudios a conocerse a sí mismo, a transmutar en certidumbre su creencia en la inmortalidad y prosiguiendo en sus estudios hasta abarcar el conocimiento de las condiciones en que se encuentran los hombres que viven al otro lado del velo conocido con el nombre de muerte.

Si la Francmasonería ha de vivir y continuar su incalculable labor en pro de la superación del mundo, debe dedicarse nuevamente al estudio más interesante de todos los emprendidos por el hombre, o sea a comprender la significación interna de la vida y el conocimiento propio. Estas cosas, conocidas por los hombres del pasado, no lo son hoy día más que por unos pocos, pero no tardarán en ser por todos, y la "inmortalidad del alma" saldrá de la región de las creencias piadosas para recuperar el lugar que le corresponde entre los supremos triunfos del intelecto. De esta manera el Señor de la Vida nos capacitará para que pisoteemos al Rey de los Terrores y levantemos nuestros ojos para contemplar la "Estrella de la Mañana" - de interminable vida e infinito logro, - "cuya aparición trae aparejada la paz y la salvación para los hombres fieles y obedientes". Porque el miedo a la muerte así como todos los demás terrores se desvanecen ante el conocimiento de la inmortalidad, y el alma vive eternamente en paz consigo misma, puesto que sabe que no puede ser destruida ni aniquilada.

Partiendo de estas verdades externas, que a pesar de ser externas tienen gran importancia y valor, vamos a dirigirnos hacia el mismísimo corazón del verdadero misterio con objeto de descubrir más cosas todavía. Porque la Francmasonería, así como los Misterios Antiguos, no puede detener su avance ante la demostración de la inmortalidad del alma, ni ante el conocimiento detallado de lo que existe allende la muerte del cuerpo. Hay, no obstante, un misterio interno por descubrir, el cual está tan lejos de los misterios externos como estos últimos de la ignorancia de quienes no han cruzado todavía las puertas del Templo.

Así como existen, una muerte, una resurrección y una ascensión externas, así también hay una muerte mística por la cual el espíritu vuelve a superarse y asciende a su propia

gloria, gloria que no puede revelarse ni ser conocida por quien no ha pasado por esta experiencia. Los místicos y visionarios de todos los países y épocas han dado testimonio de esta muerte, y la han descrito por medio de innumerables alegorías, valiéndose de símbolos y símiles. Cuando estas descripciones "substitutivas" se han aceptado literalmente, confundiéndolas con los verdaderos secretos - secretos inefables -la religión se ha materializado y degradado, y la superstición ha substituido a la verdadera fe en la realidad de lo incognoscible. Tanto los santos cristianos como los místicos mahometanos, yoguis indios. lamas budistas, gnósticos griegos y sacerdotes egipcios han dado testimonio, cada cual a su manera, de la trascendental visión en que mueren el yo y la personalidad en que desaparecen todas las barreras y en que se realiza la unión. . Además, todos ellos dicen que, antes de realizar la consumación final, han pasado por un período de intensísimo sufrimiento y de agonía de la mente y del alma que, muchas veces, se extiende también al cuerpo. Es necesario pasar por un período de soledad y desolación amargamente intensa antes de que el alma libertada de las últimas cadenas que la encadenan a los mundos inferiores y que hacen que su fuerza y su estabilidad dependan de las cosas externas, pueda erigirse en Rey por derecho propio y sin ayuda ajena sin que por eso se sienta separada del género humano, porque ahora sabe que a pesar de la multitud, de las formas sólo existe una Vida, y que ésta anima a todos los seres vivos. En esto consiste la verdadera Fraternidad, de la que son meros reflejos y sombras las fraternidades conocidas en el mundo exterior: identidad de vida, aunque diferencia de formas; una familia y, sin embargo, muchos miembros; un árbol, pero con innumerables ramas.

¿Qué más puede decirse de esa visión resplandeciente que trasciende a toda normal experiencia, que hace que las realidades previas parezcan sombra e ilusión y que da realidad a lo que antes no existía más que en los mundos de la imaginación y de la fe? Estudie el Maestro masón lo que escribieron quienes experimentaron esta conciencia "cósmica"; estudie el éxtasis del santo, el samadhi del yogi, y recoja todos los vislumbres que pueda, vislumbres vagamente proféticos de lo que ha de saber él algún día, como otros lo conocieron también.

Aun en nuestro estado actual de evolución espiritual pueden casi todos los hombres gozar anticipadamente de la visión plena, porque cuando soñamos y rendimos culto en el altar de todo cuanto es verdadero y bello en la Naturaleza, en la Ciencia y en el Arte, podemos aproximarnos casi al Centro de la realidad y sentir palpitar a la Vida única que es el alma de todo, Vida de Poder Omnipotente y Sabiduría infinita, cuya belleza resplandece en todo el universo. Esta visión puede aparecer en la cumbre de una montaña silenciosa, o en el estruendo de una gran catarata: en el fulgor del sol naciente o en el esplendor de su puesta; en las profundidades del océano o en alas del huracán; en el árbol del bosque o en la pintada mariposa; en la titilante estrella o en la temblorosa gota de rocío; en el ofuscador campo nevado o en la fragancia del aguacero tropical; en las sublimidades de la matemática trascendental o de la filosofía, o en la visión de un Sócrates, la poesía de un Shakespeare, la música de un Scriabine, o en cualquier otro de los más nobles logros del hombre o de los milagros de la Naturaleza.

Todas estas cosas pueden proporcionarnos fugaces y fragmentarios vislumbres de una visión celeste; pero no existe más que un solo medio de que el alma pueda elevarse hasta estas grandes alturas: los 5 P. de P. . . ya que únicamente por medio del amor o de la "fraternidad" es como puede el Maestro Masón entrar en "una vida superior y conocer más profundamente las enseñanzas de nuestros misterios".

Por esto la Francmasonería es ante todo una Fraternidad, un lazo de amistad. Esta es la única cimentación posible del Templo, y el único remate de su pináculo.

CAPÍTULO VIII

LOS INSTRUMENTOS DE TRABAJO DEL TERCER GRADO

Los Instrumentos de Trabajo del Tercer Grado son apropiados a un plano de trabajo muy superior al de los grados anteriores. Los útiles de Trabajo del Maestro Masón tienen una limitación mucho menor que los del Compañero y del Aprendiz, pues son esencialmente libres y flexibles, y dan amplio campo al Maestro Masón para que pueda ejercitar su iniciativa, así como sus poderes creadores e imaginativos.

La asociación de cada uno de estos tres Instrumentos con la idea de un centro, asociación que constituye un rasgo tan sobresaliente en este Grado, es obvia e inequívoca, si bien está caracterizada por esa ingenuidad de inventiva de que hemos visto tantos ejemplos en todos los rituales de la Francmasonería.

De suerte que la Cuerda "es un instrumento que gira sobre un centro de alfiler": el Lápiz tiene un centro de grafito o de otra substancia con cuya punta se hacen los dibujos y planos; y en el Compás hay dos puntas, una de las cuales se fija en el centro para describir una circunferencia con la otra.

La libertad y flexibilidad de movimientos de estos tres útiles caracterizan al papel del Maestro Masón, y contrastan marcadamente con la comparativa rigidez de los útiles correspondientes a los grados inferiores y, sobre todo, con los del Segundo. De suerte que el A. debe ceñirse estrictamente a las medidas de su Regla de 24 pulgadas y ha de trabajar con su M. y C. ajustándose exactamente a los planos e instrucciones que se le han dado, así como a las líneas que otros han trazado para guiarle en su trabajo.

El Compañero está, si cabe, más confinado dentro de inflexibles límites, pues la E., el N. y la R. P. son invariables; debe, pues, ceñirse a ellas con toda precisión, ya que no se le consiente ninguna desviación.

En cambio el Maestro Masón goza de perfecta libertad, pues si se trata de un perfecto Maestro Masón ésta no tiene otros límites que los que él mismo establezca, siempre que se hallen en armonía con los planes del Gran Arquitecto. Con su Cuerda traza el plano de la base de la proyectada estructura. La cuerda es perfectamente flexible por lo que el Maestro puede colocarla en la dirección que juzgue conveniente o de acuerdo con su gusto.

Sin embargo, en cuanto la línea ha sido trazada, se establece un límite, límite que ha de ser obedecido tan fielmente como los dictados de la E., del N. y de la R. P.; pero, antes de hacer esto, el Maestro Masón tiene amplio margen para elegir en donde ha de colocar su línea, respetando la orientación y los otros factores en que se basa la elección del solar de las edificaciones.

El segundo Instrumento, el L., representa la apoteosis de la libertad, puesto que con él puede crear el Maestro Masón cuantos proyectos quiera. Su único cuidado ha de consistir en que su dibujo se adapte al objeto a que quiera dedicar el edificio, en que esté en armonía con las leyes de la mecánica para que la estructura sea fuerte y estable, y en que sea proporcionada y bella.

El tercer instrumento - el Compás - es quizás el más maravilloso de todos los símbolos de la Francmasonería, pues tiene numerosos y variadas significaciones simbólicas. De suerte que es libre en cuanto que la distancia entre las puntas puede ajustarse a lo que nosotros deseemos; pero, una vez determinada esta distancia, es tan rígido y fijo como cualquier otro instrumento de precisión. Sus dos puntas pueden servir para medir la longitud de una línea recta y para trazar una curva o círculo. Con sus puntas cerradas forma una línea recta; con las puntas separadas, un triángulo, y sus brazos describen un

círculo en su propio plano cuando se abren por entero. El compás con las puntas unidas es una unidad; sus brazos forman una dualidad. Cuando está abierto es una trinidad. Teniéndolo en reposo, puede medirse una línea recta con él, y, poniéndolo en movimiento, describe la curva perfecta. En la unión de sus dos brazos se oculta el centro invisible en cuyo torno giran todas las cosas.

Además, cuando el C. se pone en movimiento, describe en el espacio una figura de tres dimensiones conocida con el nombre de cono, cuyas secciones son respectivamente: un punto, dos líneas rectas, círculos, elipses, parábolas e hipérbolas, elementos interesantísimos para los matemáticos y geómetras, en los que encuentran los místicos y simbolistas numerosos secretos de suprema importancia relacionados con la geometrización del mundo.

La manera de utilizar el Compás para medir la distancia existente entre dos puntos es digna de especial interés, pues nos proporciona un débil reflejo de la facultad de la percepción directa de la verdad, la cual viene a ser para algunos una perfecta síntesis de las demás facultades, mientras que otros opinan que es una facultad distinta y separada del organismo humano, a la que vulgarmente se da la denominación de Intuición, facultad elevada de la mente.

Al medir la distancia existente entre dos puntos - distancia que, por ser una línea recta, tiene una sola dimensión, - el Compás se sirve de una segunda dimensión, a la cual podemos dar en este momento el nombre de altura; dimensión que forma ángulos rectos con la primera y, por lo tanto, no está contenida en la línea recta. Al hacer esta medición con el compás no se tiene en cuenta el espacio interpuesto entre los dos puntos, pues pueden haber montañas o profundas simas entre ellos y hasta puede ocurrir que un punto sea invisible desde el otro. En este caso no sería posible trazar una línea recta entre los dos puntos, ni medirla con una regla como se hace corrientemente; no obstante, la medición se puede hacer fácil y rápidamente por medio del Compás, puesto que los espacios que acabamos de mencionar no estorban a este instrumento en lo más mínimo. La distancia entre los puntos puede conocerse con precisión por la distancia angular existente entre los brazos del Compás.

Por lo que acabamos de decir, se habrá observado que este instrumento es un hermoso equivalente geométrico y mecánico de esa facultad que nos permite percibir en un abrir y cerrar de ojos la relación existente entre dos fenómenos o hechos cualesquiera, sin necesidad de tener que trazar paso a paso la conexión causal existente entre ellos, o de medir el terreno que las separa. La intuición "salta" repentinamente a su conclusión o visión, del mismo modo que el Compás abraza la distancia que hay entre dos puntos cualesquiera, sin importarle para nada los obstáculos que los separan en el espacio.

La Cuerda, que representa la "línea recta e indesviable de la virtud", tiene también un simbolismo interesante. Su cuerda es, o debe ser, perfectamente flexible y, por lo tanto, cuando se halle en estado de reposo, ha de adaptarse a la forma del terreno o del objeto en que se encuentre. En esta perfecta flexibilidad estriba su utilidad como medio de obtener una perfecta línea recta. Basta con ponerla tirante para que adapte la posición que nos convenga. Si el cordel fuera rígido y careciese de flexibilidad, nuestro trabajo no podría ser perfecto. Cuanto más tirante esté la cuerda más perfecta será la línea recta resultante.

En esto vemos nosotros un ejemplo evidente de la vida humana y de su objeto. Si el hombre tiene un ideal claramente definido y se encamina hacia él con toda energía, toda su vida estará alineada con su propósito y entonces podrá dedicarse a su objetivo de manera "recta e indesviable", en tanto que su naturaleza esté libre de "rigideces" y que su carácter no forme "nudos". Pero si él es débil, flojo e inhábil en dedicarse a su trabajo, se producirán curvas y otros defectos, resultado de prejuicios y preocupaciones.

Podemos llevar más lejos esta analogía concreta, porque si tiramos del cordel por el centro para apartarlo de la línea recta ideal, resistirá a nuestro esfuerzo en proporción a su fortaleza y a su tirantez, y, cuando lo soltemos, volverá rápidamente a su posición anterior, vibrando durante un rato, para recobrar después su quietud y rigidez. Del mismo modo, si un hombre se dirige por el camino de la virtud y dedica todas sus energías a conservar una tirante y perfecta alineación, su naturaleza opondrá resistencia cuando él trate de desviarla de la recta, y tratará de volver a su rectitud en cuanto termine la presión lateral, vibrando durante unos instantes a causa del esfuerzo adicional a que ha sido sometido y tornando, finalmente, a su verdadera línea que, aparentemente estática, conserva la rectitud gracias a esa infatigable constancia de encaminar la vida en dirección del ideal soñado.

De suerte, que este es un ejemplo más del maravilloso ingenio con que han sido elegidos los sencillos símbolos de la Francmasonería para que puedan ilustrar de modo gráfico los egresos vitales de la vida y de la conducta humanas. Obsérvese de paso que así como el Compás puede utilizarse para medir líneas rectas y describir círculos, así también la cuerda puede emplearse para señalar líneas rectas y para medir curvas de todo género, puesto que el mejor modo de medir la longitud de estas últimas consiste en rodearlas con un cordel flexible. Aún más, si sujetamos un extremo de la cuerda a un punto fijo y atamos un lápiz en el otro extremo, podremos trazar un círculo. Los que sepan geometría no ignorarán que es posible trazar una elipse fijando los dos extremos del cordel en los focos de manera que la distancia entre éstos sea menor que la longitud de aquél.

La explicación que se da en el Ritual acerca del Lápiz es suficientemente clara y explícita.

Según se nos dice nos enseña a "formar planos previos y claros de lo que pensamos hacer, para que nuestro trabajo pueda ser inteligente y proporcionado." De suerte que ahora que el Maestro Masón ha llegado a su desarrollo completo, se trata de inculcarle que debe convertirse en Maestro Masón verdadero, en Maestro y dueño de sí mismo, eligiendo cuál ha de ser su línea de trabajo, y dirigiendo su propia vida y su destino. Su deber consistía al principio en escuchar o quienes eran más prudentes y sabios que él, y en dejarse guiar por ellos obedeciendo con implícita obediencia a las instrucciones. Pero ahora que ha llegado a ser Maestro Masón, recibirá pocas instrucciones u órdenes, puesto que ya no es un niño, sino un hombre maduro, y, por lo tanto, debe aprender a llevar la batuta de su vida, y "tomar las riendas de su evolución". El M. debe hacer por sí propio los planos, y desarrollar por medio de sus poderes creadores los dibujos de las partes del Templo en que él ha de contribuir para la perfección del edificio. Él tiene un lápiz propio con que planear y todos los útiles necesarios para realizar los proyectos que conciba.

Ha llegado a ser un Arquitecto, cuyo deber consiste en crear. Ahora tiene grandes responsabilidades sobre sí, y ha de ser juzgado por sus obras, porque todo cuanto él haga será "observado y anotado por los Ministros de la Ley", que le devolverán "el resultado de las acciones que haya realizado" con precisión matemática.

Y para completar la analogía, puede decirse que así como la Cuerda y el Compás pueden utilizarse para trazar tanto líneas rectas como curvas, así el lápiz es capaz de describir cualquier clase de línea, ya sea recta, circular o curva.

Por este breve esquema de algunas de las características de los Instrumentos de Trabajo correspondientes a los tres Grados masónicos de que hemos tratado, estamos en condiciones de observar que el conjunto de ellos forman series secuenciales que proporcionan al masón un conjunto completo de instrumentos de dibujo y de útiles de trabajo. Primero, el Maestro Masón debe observar y medir en todo momento con su

regla la necesidad de su trabajo que precisen sus compañeros y el mundo aplicando su M. y su Cincel diligente, inteligente y poderosamente, con incesante cuidado y perseverancia. Después debe él obedecer escrupulosamente a las leyes de la Naturaleza y de la moralidad, actuando siempre sobre la Escuadra, el Nivel y la Regla plomada y estudiando de continuo los Ocultos Misterios de la Naturaleza y de la Ciencia con objeto de adquirir amplios conocimientos aplicables a cualesquiera de las tareas que pueda emprender .

También debe ocupar el lugar que le corresponda en una obra superior como individuo de las grandes huestes que llevan a cabo con precisión y con interminable júbilo los mandatos del G. A. D. U., el cual ha planeado todas las cosas con Infinita Sabiduría, y es el Supremo Artífice, cuyos milagros de ingenio y de belleza constituyen para nosotros una riquísima e inextinguible mina en la que debemos trabajar, dando forma a piedras cada vez más perfectas, las cuales han de constituir nuestras humildes ofrendas para ese glorioso Templo, eterno en los cielos, del que el de Salomón no era más que símbolo.

CAPÍTULO IX

LA VIRTUD DEL SILENCIO

El ambiente secreto de que se rodea la Masonería constituye, sin duda, para el que no es masón, la característica más notable de la Orden. Esta impresión viene a corroborarse y fortalecerse en la Iniciación y en los grados siguientes de manera suficientemente concluyente para que, quien haya pasado por todas estas ceremonias no pierda jamás de vista su deber de Silencio masónico.

Pueden existir algunos masones que pongan en tela de juicio al principio y quizás durante mucho tiempo, la necesidad de semejante secreto. Hasta los más pensadores se desconciertan cuando tratan de determinar cuál es el valor práctico del silencio que prometieron guardar, pues cuando dan vueltas en sus cabezas a la naturaleza de los "secretos" tan celosamente guardados, es difícil que puedan evitar una sonrisa incrédula ante la idea de dar gran importancia a unos cuantos Útiles y palabras secretas, cuya divulgación por la prensa no podría ocasionar grandes trastornos al parecer. Claro que es conveniente que exista un signo secreto para que los Francmasones se puedan reconocer entre sí; pero esto no justifica al parecer las extraordinarias precauciones que toman los miembros de la orden masónica para conservar sus signos secretos y sus palabras de paso.

Este tema se presta a profundas reflexiones. Para ello dividiremos nuestro estudio en dos aspectos, es decir, el del Secreto y el del Silencio. El primero es el aspecto externo y exotérico, y el último es el interno o esotérico.

El secreto o reserva es un recurso mundano de defensa relativamente fácil. Por el contrario el silencio es esencialmente espiritual, y no tiene nada que ver con las conveniencias mundanales.

Existen muchas razones sencillas y obvias para que la Francmasonería guarde el secreto externo, pues, si bien hoy día ya no se nos persigue por nuestras ideas religiosas ni por nuestras opiniones filosóficas, conservamos, sin embargo, la tradición de épocas lejanas en que los que sustentaban opiniones o practicaban ritos que no eran ortodoxos debían guardar el más severo secreto y la más estricta reserva, si no querían poner sus vidas en peligro. En realidad, el pensamiento original, las investigaciones científicas, la cultura y, principalmente, las especulaciones religiosas han sido hasta una época relativamente reciente ocupaciones que entrañaban grandes peligros si no se realizaban a puerta cerrada.

La reserva y el secreto eran, también, muy convenientes en muchos oficios y comercios con objeto de conservar las recetas y las fórmulas y proteger los intereses de los verdaderos artesanos.

Aparte de estas consideraciones puramente prácticas, no cabe duda de que los actos de naturaleza ritualística han de protegerse contra el menosprecio y las burlas de los profanos a fin de que las cosas preciosas y sagradas no sean execradas por quienes son demasiado ignorantes para comprender su naturaleza interna y su significación espiritual. Si no se tomara la medida de guardar las cosas en secreto es probable que los hermanos más débiles serían incapaces de soportar el esfuerzo, y sucumbirían al ridículo; mientras que ante cualquier evento se haría un derroche innecesario de energía para desviar las pullas de los ignorantes o las malevolencias dirigidas contra la Orden y sus procedimientos.

Existen otras razones poderosas de que se guarde el secreto masónico, entre las cuales destaca la de crear deliberadamente una atmósfera de misterio, pues si bien esa atmósfera atrae a los curiosos y les alienta a profundizar en los misterios secretos de la

Naturaleza, también tiende a avivar el sentimiento religioso en los hombres y procura acrecentar la reverencia que se debe tener por el Ritual masónico. El amor a lo misterioso es saludable y beneficioso si se dirige cuerdamente, pues no existe nadie por cínico que sea que no abrigue una secreta atracción hacia el misterio. Porque ¿quién no ansía por escéptico que sea conocer y comprender el significado de la Naturaleza con todas sus maravillas, de la vida y de la muerte, de la conciencia, del origen y destino de las miríadas de vidas de que está lleno el universo y de lo que existe en las estrellas, así como de su duración? No existe reverencia tan verdadera como la del hombre de ciencia que estudia los milagros de la Naturaleza para arrancar de los tesoros de ésta diminutos fragmentos.

Además, el mero hecho de participar con otros en la conservación de secretos establece un sutil lazo de simpatía que ayuda a fortalecer la cadena fraternal. Pocos hombres pasan de la edad espiritual en que se experimenta esa satisfacción de poseer secretos que es una de las características más destacadas de los niños. Excepto los que carecen de imaginación, todos encuentran cierto encanto en participar con otros en la posesión de secretos, lo cual ocurre hasta en el caso en que éstos no tengan valor alguno ni sean interesantes. El mero hecho de que los francmasones sean capaces de reconocer a los miembros de su fraternidad en cualquier lugar de la tierra y distinguirlos de todos los demás hombres, es un atractivo que tiene algo de ensueño y de romance.

Una lección valiosísima que se desprende de la práctica del secreto y de la reserva es la del dominio de la lengua. Dícese que la lengua es el miembro más rebelde del cuerpo y el más difícil de dirigir, y, en verdad, que pocos hombres son capaces de conservar un secreto, ya sea éste grande o pequeño. Casi todos tienen propensión a las debilidades de la curiosidad, con cuyo defecto va unido íntimamente el deseo de saciar la curiosidad ajena, comunicando al prójimo lo que sería conveniente guardar en secreto. De modo que la Francmasonería proporciona una excelente disciplina, quizás algo elemental, para tener quieta la lengua, y da una educación que puede sernos útil muchas veces. En la jocosa frase de Mark Twain de que "la verdad es nuestro tesoro máspreciado y, por lo tanto, debemos economizarla. . ." se encierra una gran verdad.

Si el francmasón no adquiriese en la orden otra cosa que la capacidad de no decir cosas innecesarias y de conservar el dominio de la lengua, no habría gastado el tiempo en balde. El hecho de que no encuentre una razón poderosa que justifique la estricta conservación de los secretos francmasónicos sirve para que su entrenamiento sea más efectivo.

No deben confiarse los grandes misterios a quien no sea capaz de guardar secretos sin importancia.

Sin embargo, andaríamos equivocados si creyésemos que la Francmasonería no tiene ningún secreto que deba ser ocultado a toda costa a los profanos por temor de que resulte un perjuicio real. El mundo occidental se va percatando ya de que la Francmasonería tiene íntima relación con los Misterios verdaderos, en que se comunican a los iniciados los secretos reales. Estas cosas fueron dadas al olvido durante muchos siglos, pero no está muy lejano el día en que se restablezcan y en que se confieran genuinos secretos de terrible y extremado poder a los hombres puros y dignos de ello, porque la Francmasonería es magia - en la verdadera acepción de esta mal definida palabra - y magia de orden elevado, a pesar de que actualmente se haya perdido casi por completo el arte. Cuando llegue el momento de su restauración, serán esenciales la reserva y el secreto absoluto, y entonces la educación que ahora recibimos con objeto de que guardemos nuestros secretos aparentemente inofensivos, nos mantendrá en aquellos días en buenas condiciones y hará que seamos dignos de que se

nos confíe el faro del verdadero conocimiento, de donde procede el poder de la "magia" espiritual para iluminación de los hombres y servicio del mundo.

Dirijamos ahora nuestra atención al aspecto interno de la conservación del secreto y del verdadero significado del silencio masónico.

Múltiples y valiosísimas son las lecciones del silencio así como de su belleza y misterio. Del silencio hemos salido ya él debemos retornar cuando llegue la hora. Cuando estamos en silencio podemos ahondar en la significación de los misterios de la vida. En el silencio solitario de nuestros corazones es donde descubrimos las grandes experiencias de la vida y del amor.

Es preciso acallar a la naturaleza inferior para poder ver la verdad o encararse con la vida con toda equidad y firmeza. Sólo cuando se silencia y aquieta el tumulto de las pasiones egoístas, de los vehementes deseos, del odio destructor o de la malevolencia es cuando puede dejarse oír la voz del Guía interior - que es el Hombre verdadero, - y cuando el V. M. puede dirigir la Logia. Los mensajes y órdenes del Maestro, del Ego sabio, no pueden ser transmitidos a los elementos de la naturaleza inferior, ni pueden ser "obedecidos con toda exactitud " sino cuando hay silencio en la Logia, cuando han cesado el altercado de las luchas emocionales y mentales y cuando todas las partes del organismo se subordinan a la dirección silenciosa del Dueño de la conciencia, o sea del Ego.

Cuando el corazón está en silencio la inspiración aparece y la visión se aclara. En el desvelo silencioso de la noche, en la calma del desierto, en las cumbres solitarias de las montañas, en el sosiego de los bosques y bajo el plateado dosel de las estrellas las pasiones se debilitan, la iluminación emana de la mente, el corazón se hincha y el espíritu adquiere alas para remontarse al cielo.

En los escasos momentos de silencio en que se acalla el estrépito de las bulliciosas actividades de los hombres y de sus inquietas civilizaciones es cuando podemos encontrar paz y sentir la beatitud de una clara visión. El silencio es siempre más elocuente que el lenguaje: cuando tratamos de expresar la verdadera simpatía, la comprensión más profunda, el más grande de los amores, el más genuino de los afectos y la más noble de las camaraderías no encontramos más que palabras imperfectas e inadecuadas; pero estos sentimientos se comunican libre y fácilmente si permanecemos en silencio. Emerson estaba en lo cierto cuando dijo que el volumen de un discurso se puede medir por la distancia que separa al orador del oyente. Entre los amigos existe una comprensión, una inteligencia callada: no existe simpatía más real ante el dolor que la silenciosa. En las miradas de los perros y de los caballos se descubren mudas comprensiones que, a veces, nos parecen más verdaderas y consoladoras que las más elocuentes palabras de los hombres.

Las emociones más sublimes sobrepujan a la capacidad del discurso y alcanzan su pináculo supremo en el éxtasis y en el silencio.

Las grandes tragedias no pueden expresarse con palabras, y hasta las más agudas chanzas, hacen que se acallen las risas para provocar un silencioso regocijo interior. Los grandes fenómenos de la Naturaleza, el esplendor del alba y del ocaso, la impotente grandeza de las cumbres, la fuerza de las cataratas, la pureza deslumbradora de los nevados campos, el monstruoso poder de los glaciares y de las avalanchas, la delicada fragancia de las flores, el grato aroma que despide la tierra sedienta cuando pasado el tropical monzón, el sosiego de los helados mares, el furor de la tempestad, las heroicas hazañas, la vida de devoción y sacrificio, la amargura de la tristeza, el triunfo de los éxitos, la presencia de la muerte y el nacimiento de una nueva vida nos transportan a una región en que las palabras orales no son necesarias ni posibles, y nos internan en un

mundo en que el silencio reina supremo y en que todos los demás medios de expresión son fútiles y mezquinos.

Nada hay que sea tan vívido, tan infinitamente flexible como el silencio. Lejos de ser éste una mera negación de sonido, es capaz de expresar la más extrema diversidad de pensamientos y emociones. Recuérdense sino el silencio del odio implacable y del amor fiel; el silencio del desprecio o de la Veneración; el del consentimiento y de la desaprobación; el de la cobardía o del valor; de la tristeza o del regocijo; el de la desesperación y el del éxtasis y del placer.

Es un lugar común conocido por todo observador de la naturaleza humana que los silencios de los hombres ¡expresan con frecuencia mucho más que sus palabras. Las cosas que ellos no saben cómo expresar bien son a manera de velos que cubren otras más profundas que no saben o no se atreven a manifestar por medio del lenguaje. En los momentos de silencio aparece a la superficie la verdadera naturaleza de los hombres, y éstos se percatan de sus almas más íntimas. Los hombres débiles e impuros sienten esto instintivamente; por eso temen a la soledad, y tienen miedo de quedarse a solas con sus yoes, pues son incapaces de dominar a su naturaleza ruin. Y por el contrario, los fuertes y los puros no temen al silencio, sino que lo buscan, porque saben que en la soledad pueden acercarse a su Dios interno. Quizás no exista una prueba tan cierta de la grandeza y de la fuerza interior como la de la capacidad de experimentar los largos períodos de silencio, y sacar provecho de ellos ya se hayan buscado deliberadamente, ya hayan sido provocados por la deserción de un amigo o de un amante, porque cuando esto ocurre las voluntades débiles y bajunas se agrian y retornan al vicio, mientras que las poderosas y puras acrecientan su templada fortaleza así como la dulzura de su carácter.

Lo propio ocurre con la amistad cuando llegan momentos de separación o de sombra. Si el afecto es débil, acabará por desaparecer como cosa marchita; pero si es fuerte, su fortaleza y su resistencia aumentarán.

En la Francmasonería se nos conduce desde los mundos del estrépito y de la lucha al del silencio en que se cobijan los secretos del corazón. Todo masón ha de descender en el curso de su carrera al silencio de la tumba, y desde ésta ha de cruzar el portal de la muerte para entrar en una vida más noble en la que quizás pueda encontrar los verdaderos secretos del Maestro Masón. Si logra triunfar en su búsqueda, se encontrará en el mundo de los místicos y videntes, en que los lazos del amor y de la amistad unen en el Centro a todas las unidades separadas, y en donde ha de alcanzar una conciencia superior a la del cerebro y entrar en una región en que desaparecen las diferencias y se borran hasta los mismos "pares de opuestos" resolviéndose en una unidad superior.

Por lo tanto, la Francmasonería vuelve a proclamar a su manera peculiar, simbólica y dramática, la antiquísima lección de que el Reino de los Cielos ha de encontrarse dentro. La paz se logra en el centro, en el silencio.

Aunque el masón salga del Oriente y se encamine al Occidente, no podrá encontrar los verdaderos secretos del Maestro Masón hasta que retorne al centro y mire dentro de su propio corazón.

Enseñase al Maestro Masón que el constructor del Templo Superior, o sea la Mente creadora y plasmadora de las formas bellas, ha sido vilmente a.... por algunos Hermanos de categoría inferior a la suya y que, por lo tanto, ella no puede comunicarle el v. s. No obstante, el Maestro Masón recibe ciertos secretos que reemplazan al otro hasta tanto que el tiempo o las circunstancias revelen el verdadero. Esto significa que, debido a la rebeldía y al miope egoísmo de los elementos inferiores del hombre, se ha perdido la posibilidad de obtener los verdaderos s. por medio de la mente. Pero, si se acalla a ésta y se eleva la conciencia a un nivel superior, sobre los 5 puntos de

perfección, es decir, por medio del amor, el Masón que haya llegado al centro podrá abrigar la esperanza de encontrar lo perdido. De suerte que el Maestro Masón puede llegar a su meta y encontrar el s. . . en el silencio del c. . . , silenciando a la mente; pero debe encontrarlo por sí mismo, pues hasta los mismos secretos reemplazantes se comunican en un susurro: los verdaderos secretos no se pueden pronunciar en voz alta ni en voz baja, porque deben ser hallados a solas en el silencio del yo íntimo.

La misma Naturaleza es gran maestra del silencio, pues realiza sus más hermosas obras de artífice sin emitir sonido. Los cataclismos y la destrucción van acompañados de estrépito; pero no hay oído que pueda percibir su trabajo constructivo. Los procesos de asimilación, de recuperación y de crecimiento; la florescencia y la fertilización: las fuerzas de expansión y de contracción, de electricidad, magnetismo y gravitación: la oscilación de calor y luz, así como muchas otras que construyen el mundo de la vida y lo nutren y sustentan, y le dan calor y luz, color y belleza tienen lugar en silencio.

Los hombres no hacen más que imitar a la Naturaleza, tanto cuando construyen maquinarias, como cuando fundan organismos. La prueba de la eficacia de estos últimos consiste en la suavidad y quietud de sus actuaciones puesto que el ruido y el rechinar son indicios de defectuoso ajuste, fricción y pérdida de energía.

Esta misma ley se aplica también al carácter individual. Los que trabajan con menos ruido suelen ser los más diestros. Los hombres verdaderamente fuertes son, por lo general, los más silenciosos, así como los más gentiles.

Los que más hablan son los que menos hacen. El silencio interno indicador del dominio completo y consciente sobre todo el organismo es esencial para esa obra constante, persistente y concienzuda que conduce hacia las grandes realizaciones y hazañas. Los hechos más bravos son los que se hacen y viven en silencio. La incalculable fuerza de la voluntad humana - cuyo valor apenas reconoce el mundo moderno - opera en silencio. Saber es bueno; osar es mejor; pero ser silencioso es lo mejor de todo. El discurso corresponde a hombres; la música a los ángeles, y el silencio a los dioses. Los sonidos tienen principio y fin y son temporales. El silencio nunca cesa, y es eterno. Las voces de los sabios y de los más compasivos no son oídas, mas que por quienes saben abstraerse al tumulto de las palabras y de las querellas humanas, para colorarse en el centro, esperar que suene la música del silencio y aprender la sabiduría; la fuerza y la belleza que fluyen de ese centro para quienes pueden aliarse con esas secretas fuerzas benéficas de donde vendrá la salvación de los hombres y la salud del mundo.

Según una ley oculta, la charla innecesario y excesiva representa un gran derroche de energía. Cuando Jesús sanó al hombre enfermo le recomendó que siguiera su camino y no contase a nadie lo que había ocurrido.

Cuando es preciso hablar es preferible hacerlo después de haber estudiado el hecho de que se trata en la conversación. Se malgasta más energía en la conversación superflua y necia que en ninguna otra cosa. Los irreflexivos prestan poca atención al prudente consejo de que deben escuchar más que hablar. Pocos son los grandes oyentes, pero el mundo está lleno de grandes habladores. Quien quiera aprender para llegar a sabio, debe ante todo adquirir el arte de permanecer silencioso mientras que observa, oye y piensa continuamente.

El primer paso que debe darse en el camino de la sabiduría es el de permanecer en silencio, en tanto que éste sea atento y activo, y no puramente pasivo. Este principio regía en las escuelas pitagóricas, en donde los discípulos, conocidos con el nombre de akoustikoi u oyentes, pasaban por un período probatorio de absoluto silencio, durante el cual no se consentía que hablaran. ¿Cómo podría enseñar un maestro a quienes no saben estar en silencio?

Los hombres se lamentan de la falta de cultura, pero suelen tener ellos mismos la culpa,

porque no dejan ningún resquicio en su mente para que penetren en ellas las nuevas ideas, ya que sus "principios pensantes" como los llama Patanjali, se encuentran en estado de modificación o "agitación" turbulenta, de suerte que las nuevas enseñanzas rebotan en la mente como los objetos que se lanzan contra la periferia de una rueda que gira con gran rapidez.

En la ciencia física abundan las analogías y ejemplos de la ley del silencio. La luz sólo es visible cuando da en un objeto oscuro: si no hubiera nada que recibiera la luz, todo permanecería en tinieblas. El sonido divide la continuidad del silencio en fragmentos y secciones, y de este modo lo hace perceptible a nuestros sentidos. La música está compuesta en silencio, del mismo modo que una estatua de Fidias está esculpida en un mármol informe, o los esplendores de la puesta del sol se reflejan en la pura e invisible luz blanca.

Toda nota musical se compone de numerosas porciones de silencio separadas entre sí como las divisiones de una regla que marcan distancias en el espacio inmensurable. El ritmo, la melodía y la armonía no son otra cosa que métodos de espaciar y colocar en patrones los fragmentos del silencio. Así como todos los colores existen en la luz blanca, así también todos los sonidos están latentes en el silencio. Así como la luz de un Maestro Masón no es otra cosa que tinieblas hechas visibles, así también el sonido o la música es silencio hecho audible.

Por lo tanto, la Francmasonería es en realidad un drama de silencio, una sinfonía a base del tema del silencio. Ella llama a los hombres para que abandonen el tumulto y la barahunda de los negocios humanos y se retiren a ese centro silencioso en donde no pueden penetrar los sonidos y en donde todo es paz.

El deber primero y constante de todo Francmasón estriba en conservar cerrada la Logia, en guardar silencio y cobijarse en ella. El candidato a la Masonería que va en busca de la verdad entra en la Logia en silencio y tinieblas y es conducido desde los tumultuosos sonidos del exterior hasta el mundo interno en que cesan todo ruido y en donde reinan la paz y el silencio serenos. En todas las etapas de su progreso es puesto a prueba en silencio y jura permanecer callado, hasta que, por fin, sufre la última pena antes que ser infiel al silencio.

Después, desciende a la calma final; es exaltado a una vida más plena, y oye que le dicen que busque en el sosiego de su corazón los secretos verdaderos que se perdieron cuando el Maestro H. A. se los llevó consigo al silencio.

Cada vez que se abre una Logia (escocesa) se recuerda al iniciado que en el principio era el verbo. Y ¿qué es lo que existió antes del verbo? El silencio. Cuando se cierra la Logia, el verbo divino retorna al lugar de su procedencia, ciérrase el libro, vuelven las tinieblas, y el "silencio recupera su reino": de esta forma se encamina el iniciado al mundo para reanudar su trabajo, llevando en su corazón el único inefable silencio en que todas las fantasmagorías de la vida no son otra cosa que fugaces intermedios, pues cuando todo esto haya terminado, cuando haya cesado el trabajo en las canteras y cuando haya sido construido el Templo todo pasará al eterno silencio.

La entrada en la Francmasonería significa la iniciación en el conocimiento del silencio; de suerte que, a medida que el masón progresa en su ciencia, ha de aprender a amar el silencio, a morar en él constantemente, a penetrar cada vez más en sus profundidades y maravillas. Los hombres que viven en el tumulto del mundo son muy propensos a olvidar la existencia del silencio y los misterios que éste guarda. El ruido es vida para ellos, y cuanto más estrepitoso es el sonido, más abundante es su vida. Ellos creen que la ausencia de sonido es carencia de vida, es muerte. Pierden gradualmente la fe en todo cuanto no puede ser tocado y visto y, no sólo se convierten en meros agnósticos, sino, además, han a ser francamente materialistas.

Cuando la muerte acalla todo, no esperan nada porque creen que los misterios de la vida y de la muerte y hasta el amor dejan de tener significación alguna. La Francmasonería retrotrae a los hombres a esos misterios, que no pueden ser resueltos ni destruidos con negaciones; ella no sustenta que puede develar los misterios, pero, por lo menos, vuelve a proclamar nuevamente que existen y manda a los hombres en busca de lo perdido.

La Francmasonería aprovecha todas las oportunidades que se le ofrecen para inculcarnos la existencia de inefables misterios tras de toda vida y de toda naturaleza, para lo cual se vale de los artificios del ritual y de la ceremonia. Ella nos muestra esto, símbolo tras símbolo, ordenándonos que contemplemos los eternos principios que éstos representan de los cuales son mudos testimonios, pues los planes del Divino arquitecto se desarrollan lentamente por estos principios, trabajando en silencio para ordenar todas las cosas conforme a la belleza, la fuerza y la sabiduría.

Así que la insistencia de la Francmasonería en la necesidad del silencio y del secreto está verdaderamente justificada. La inmutable tradición de la Francmasonería ordena sabiamente que todo Hermano debería comprometerse a sellar se los labios como prueba de su lealtad al silencio. En cada nuevo grado el Francmasón se sumerge cada vez más profundamente en el corazón del silencio, hasta que, finalmente, pasa por el Silencio de la Muerte, el gran silenciador, para encontrar que ha sido exaltado a una vida superior, en donde, una voz que surge del silencio, susurra débilmente, hablándole del centro en que él podrá encontrar el verdadero secreto del Maestro Masón, para lo cual ha de ir completamente solo. En el Centro, en el silencio de su propio corazón, encontrará él el punto situado dentro del círculo en donde, como dice un himno egipcio, moran "La Única Oscura Verdad, el Corazón d,el Silencio, el Oculto Misterio y el Dios interno entronizado en el altar".